

HOSPITALIDAD E INTERCAMBIO EN LOS VALLES MESOTERMALES DEL NOROESTE ARGENTINO

Verónica Williams,^a María Paula Villegas,^b
María Soledad Gheggi^c y María Gabriela Chaparro^d

Resumen

El dominio inca en los Andes del sur se basó en el manejo simultáneo del control militar, la ideología y la hospitalidad ceremonial. La comida y las celebraciones públicas fueron fundamentales para el surgimiento de jerarquías sociales y en la negociación del poder mediante la creación de alianzas y relaciones de reciprocidad. En el Noroeste Argentino, la administración inca ejerció un gobierno directo en ubicaciones clave. Para poder obtener una visión más clara de los procesos micropolíticos que se desarrollaron en algunos valles mesotermiales del Noroeste Argentino bajo el dominio inca se intentará conocer la importancia que las fiestas o ceremonias tuvieron para las élites estatales al crear límites sociales por medio del consumo de alimentos especiales y del uso de formas cerámicas distintivas. Para ello, el Estado invirtió energía en ampliar las áreas agrícolas como una estrategia de producción y administración de bienes y servicios mediante el dominio del espacio productivo, el cual fue apropiado por el Inca a partir del ya existente vínculo pukara-ancestros-fertilidad de las chacras.

Palabras clave: hospitalidad andina, celebraciones, comida

Abstract

HOSPITALITY AND EXCHANGE IN THE MESOTHERMAL VALLEYS OF NORTHWEST ARGENTINA

Inca rule in the Southern Andes was based on the simultaneous management of military control, ideology and ceremonial hospitality. Food and public celebrations were essential both to the emergence of social hierarchies and to the negotiation of power by building alliances and reciprocity relationships. In Northwest Argentina, Inca administration was exercised through the direct government of key locations. In order to approach micropolitical processes developed in some temperate valleys of NOA under Inca rule we intend to know the importance that feasts or ceremonies held for state elites by creating social limits through the consumption of special food and distinct ceramic shapes. To that end, the Inca state invested energy in widening agricultural fields as an strategy of production and administration of goods and services through the domination of the productive space, which was appropriated by the Inca through the previous relationship between pukara-ancestors-chacras-small farms-fertility.

Keywords: Andean hospitality, celebrations, food

^a Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas.
Correo electrónico: veronicaw33@yahoo.com

^b Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas.
Correo electrónico: paulavil@fibertel.com.ar

^c Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas.
Correo electrónico: msgheggi@hotmail.com

^d Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.
Correo electrónico: chaparro@soc.unicen.edu.ar

1. Introducción

El imperio inca, o Tawantinsuyu, fue el último de los estados andinos que dominaron diversas sociedades desde Ecuador hasta Chile. Entre los elementos clave de la política estatal que permitieron su consolidación y expansión estuvieron la creación de una economía estatal independiente sustentada por el trabajo, la administración por medio del intercambio ritual, la hospitalidad y el reasentamiento de poblaciones. En el Noroeste Argentino y norte de Chile, como parte del Qollasuyu, la ocupación inca fue extensiva y estuvo sujeta a un control administrativo organizado por el Cuzco (González 1982; Lorandi 1988; Williams 2000) (Fig. 1). Durante el siglo XV, los incas, que debieron relacionarse con sociedades de sistemas económicos diversos —fueran más simples o más complejos—, introdujeron cambios en la distribución de la población, intensificaron la producción agrícola de las tierras altas y la ganadería, la producción artesanal por medio del uso de la *corvée* y el trabajo especializado, y fomentaron cambios en la forma y disposición de la cultura material. Las evidencias arqueológicas sugieren que las transformaciones acontecidas en los pueblos del Noroeste Argentino luego de la conquista inca fueron muy significativas precisamente porque el gobierno estatal estaba representado dentro de un clima de hospitalidad ritualizada, en el que la comida cumplió un papel fundamental tanto para mostrar la generosidad del Estado como para imponer las normas culturales de poder incas (D'Altroy *et al.* 2000). Bajo el gobierno imperial la producción de bienes pudo ser intensificada tanto de manera indirecta, por medio de la extracción de materias primas, productos terminados o transacciones de bienes como forma de tributo o pago de impuestos, o directamente, mediante el impuesto en trabajo o el establecimiento de enclaves administrados por elites clientes para beneficio del poder central. La política de administración en territorios al sur de los Andes Centrales estuvo marcada por importantes variaciones regionales.

En el marco de una organización de tipo imperial es necesario distinguir entre economía doméstica y economía política. La primera se caracteriza por ser la economía en donde la producción, distribución y consumo de bienes, el acceso a los recursos, el aprovisionamiento de los servicios y la organización del trabajo se da a nivel familiar o de la unidad doméstica. En cambio, la economía política se vincula con la producción y distribución de bienes y el rendimiento de servicios en un sistema de integración social por encima del nivel familiar. Bajo el imperio inca, la gente participó, al mismo tiempo, en ambas economías, a veces en sus propias comunidades y unidades domésticas, y otras en contextos exclusivamente estatales. Por lo tanto, las evidencias de la economía política pueden ser encontradas en contextos y actividades domésticas como resultado de situaciones acaecidas en el interior de una esfera política mayor como es la de un Estado (D'Altroy y Hastorf 2001: 6). El modelo de economía doméstica debe ser reconsiderado en el sentido de «consumo», el que constituye el acto más relevante de la misma. El hecho de separar el consumo y las actividades de procesamiento de la producción de alimentos y bienes permite visualizar un cuadro más dinámico de la unidad doméstica. Probablemente por su rendimiento público, el consumo de comida y bienes perpetúa las políticas de usos e intercambios de bienes con la materialización de las relaciones sociales (Orlove y Rutz 1989: 14). Los actos de consumo de la comida diaria, el intercambio interfamiliar o los rituales públicos vinculan la competencia de reclamos de estatus y poder, por lo que se convierten en un dispositivo simbólico para mostrar la posición social y se relacionan estrechamente con la reciprocidad, redistribución e intercambio.

Este análisis requiere examinar los contextos sociales del uso de objetos y asumir que «[...] la acción económica es, en parte, acción social y [que] los individuos se involucran en relaciones que influyen en sus lazos o vínculos en actividades de producción, intercambio y consumo, si bien también son influenciados por estos» (Orlove y Rutz 1989: 18). La comida y las celebraciones o fiestas en contextos públicos cumplieron un papel fundamental en el surgimiento de jerarquías sociales y en la negociación de las relaciones de poder mediante la creación de alianzas y relaciones de reciprocidad a futuro (Gumerman 1997). La visibilidad arqueológica del consumo de comida en contextos domésticos, públicos, mortuorios y/o de ofrendas se incrementa por el uso de contenedores (cultura material) para la preparación de comida y su consumo. En los contextos de legitimación del poder o de



Fig. 1. Mapa del imperio inca, o Tawantinsuyu, con los sitios mencionados en el texto. Se destaca, abajo a la izquierda, el área Valliserrana Central del Noroeste Argentino.

hospitalidad, los conjuntos cerámicos asociados a eventos de fiestas se usaron para manifestar privilegios y establecer y mantener relaciones asimétricas de reciprocidad entre las elites y la gente común. El objetivo de este trabajo es obtener un acercamiento a los procesos micropolíticos del Noroeste Argentino con el objetivo de entender al Tawantinsuyu como una entidad política dinámica que enfrentó circunstancias particulares en cada región anexada. Para ello, se indaga acerca de la importancia que las fiestas tuvieron en la construcción del poder del Estado, en donde las elites estatales buscaron crear límites sociales reconocibles mediante el consumo de alimentos especiales y del uso de formas cerámicas distintivas; en otras palabras, se buscará evaluar el papel de la cerámica como herramienta política.¹

El Noroeste Argentino, como parte del Qollasuyu, presenta una gran diversidad ambiental, ya que conforma un variado mosaico donde se alternan espacios elevados con áreas bajas y ambientes húmedos con semiáridos. Las precipitaciones, de tipo monzónico, disminuyen en una secuencia climática de Este a Oeste y de Norte a Sur, mientras que las condiciones de máxima aridez se manifiestan en la puna de Catamarca. Las principales unidades ambientales para este sector de los Andes son la puna, los valles, las selvas y la región cuyana. La puna fue una zona de intenso tránsito desde y hacia los diferentes ambientes que la circundan. Esta amplia zona era atravesada como paso obligado entre los oasis del norte chileno, único nexo con la costa pacífica, y los grandes valles que comunican con la selva y el Chaco. Los valles y quebradas se interponen como una cuña entre el macizo puneño y las zonas boscosas orientales, las selvas y el Chaco. Se extienden desde la Quebrada de Humahuaca, en Jujuy, hasta el norte de la provincia de San Juan y tienen como límite occidental el borde de la puna y como oriental el bosque subtropical.

El área Valliserrana Central del Noroeste Argentino comprende un conjunto de valles y quebradas situados entre los 1500 y 3000 metros sobre el nivel del mar, que se extienden en gran parte de las actuales provincias de Catamarca, La Rioja, norte de San Juan, oeste de Tucumán y sur y oeste de Salta a lo largo del valle Calchaquí (González 1977) (Fig. 2). Se encuentra limitada al norte y oeste por la puna y la Quebrada de Humahuaca, al sureste por la llanura pampeana y al sur por los valles subandinos de Cuyo. Uno de los valles troncales más importantes para la arqueología es el valle Calchaquí-Yocavil. Con un recorrido de casi 200 kilómetros, corre encajonado desde sus nacientes en el nevado del Acay hasta San Carlos y se ensancha hasta un máximo de 10 kilómetros en el Mollar, frente a Cafayate, donde el río Calchaquí confluye con el río Santa María, a 1680 metros sobre el nivel del mar (Fig. 2). Estructuralmente, es una fosa tectónica entre dos unidades morfológicas: el macizo puneño y parte de la cordillera oriental. La diferente exposición a vientos húmedos posibilita la saturación de lluvia en las laderas occidentales, con canalizaciones de arroyos, mientras que las faldas orientales se mantienen áridas, desérticas y estériles (Gutiérrez y Viñuales 1971: 10). En el valle Calchaquí-Yocavil, el Estado incaico organizó su espacio con la construcción de centros estatales en áreas estratégicas (*v.g.*, Cortaderas, Potrero de Payogasta, Animaná, Angastaco o Punta de Balasto), la remodelación de sectores arquitectónicos en los poblados preincas (*v.g.*, Tolombón, Quilmes o Fuerte Quemado, entre otros), o mediante la intensificación agrícola, con la construcción de andenes, canales y la instalación de acequias y sistemas de almacenaje (Williams 2006a).

Otra de las áreas arqueológicas más importantes del Noroeste Argentino es la Quebrada de Humahuaca. Diversas investigaciones previas han señalado su importancia y la de las tierras altas en relación con la instalación de enclaves estatales, los que fueron destinados a: a) la explotación de recursos mineros; b) la explotación de recursos agrícolas (Coctaca y, quizá, Alfarcito en épocas tardías); c) el ejercicio del control político (Los Amarillos-Yacoraité y Tilcara); d) la producción de artesanías para solventar la hospitalidad del Estado y el intercambio (La Huerta), y e) las vías de comunicación con las tierras altas, que generaron una serie de tambos que se distribuyen a lo largo de la actual Ruta 40 (Fig. 2). A pesar del papel relevante que cumplieron las tierras bajas y los valles orientales y meridionales durante el periodo de expansión inca, poco se ha escrito al respecto. Por ejemplo, Nielsen (1989) y Raffino (1993) han postulado que la ocupación inca de los valles ubicados al oriente de los sectores central y norte de la Quebrada de Humahuaca solo se manifiesta en ciertos rasgos arquitectónicos como caminos, santuarios de altura y guarniciones de frontera.

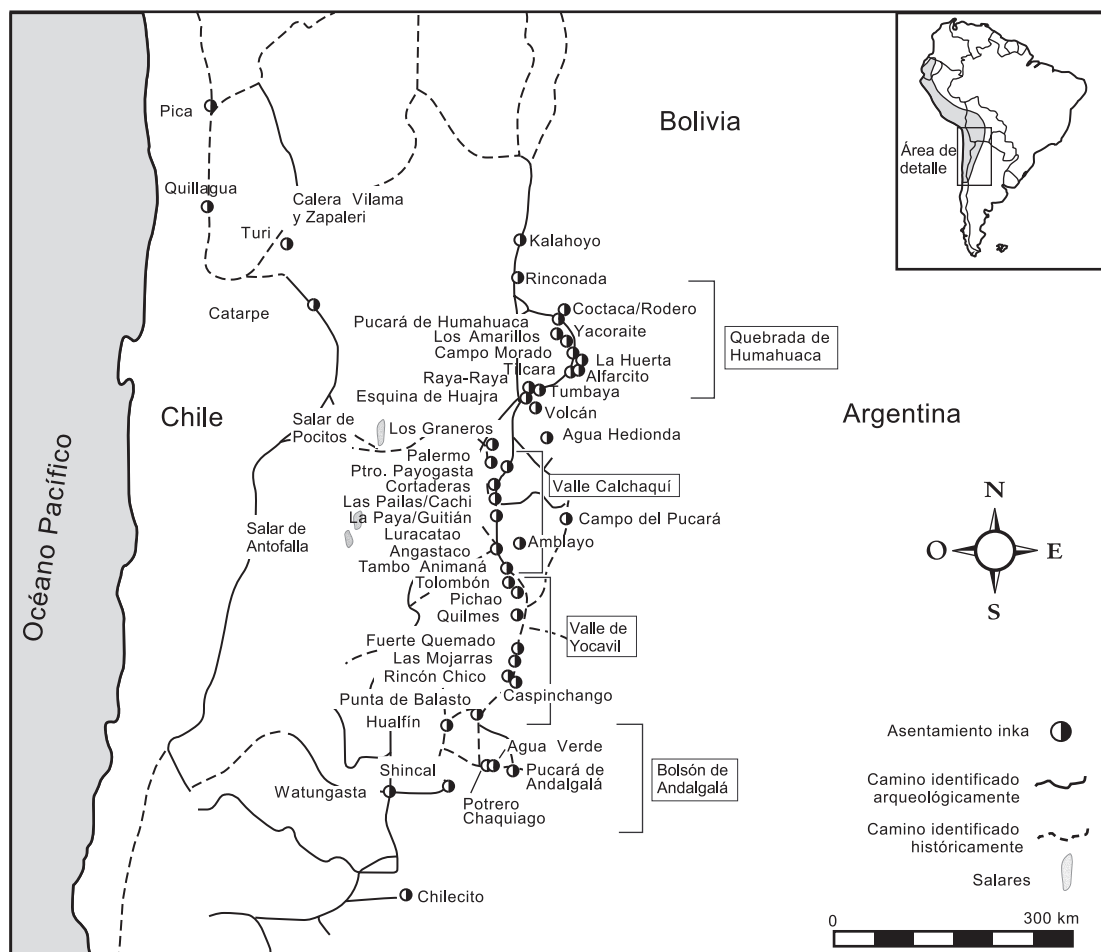


Fig. 2. Mapa del sector suroriental del imperio, con los sitios y localidades arqueológicas mencionados en el presente trabajo.

En cuanto al borde oriental, su importancia radica en ser el piso ecológico productor de ciertos bienes de consumo como el maíz y las maderas duras, destinados a sostener tanto el sistema estatal a nivel local (como el mantenimiento del personal administrativo, militar y a los *mitmaqkuna*), a generar reservas en caso de catástrofe y para solventar la subsistencia de las poblaciones locales (Williams 1991; Mulvany 1997). En cambio, bienes suntuarios como el cebil, las plantas medicinales, las pieles y las plumas de colores pudieron servir para mantener el sistema de dones y «contradones» con las jerarquías cuzqueñas. Por ejemplo, en el *pukara* de Volcán se han encontrado ejemplares del *Pecten purpuratus*, un molusco proveniente del Pacífico que posiblemente formó parte de estos sistemas de circulación de bienes destinados a sostener las redes conectivas entre las elites locales y las del Tawantinsuyu (Madrado 1987 ms.).² En Potrero Chaquiago, provincia de Catamarca, la presencia de objetos hechos de valvas de moluscos del Pacífico de los géneros *Scurra* sp. y *Turritela* sp. indicaría la importación de materias primas exóticas (Williams 1996).

2. El espacio productivo bajo los incas

La expansión estatal no solo estuvo motivada por la búsqueda de recursos para ampliar y mantener las rentas reales y estatales (Silva 1981), sino que el Estado debió mantener fronteras o territorios intermedios pacificados y, al mismo tiempo, autosuficientes en el aspecto económico. A partir de información



Fig. 3. Vista de las estructuras agrícolas de Coctaca (Quebrada de Humahuaca, Jujuy) y de Los Graneros (valle Calchaquí, Salta).

arqueológica y etnohistórica se sabe de la existencia de tierras del Estado destinadas exclusivamente a la agricultura. Muchas de las tierras estatales se localizaron en las cercanías de los centros provinciales, aunque otras estuvieron ubicadas en localidades especialmente favorables para la producción de granos o cultivos particulares. En general, en las tierras altas andinas, los enclaves de producción fueron establecidos en valles fértiles aptos para el cultivo de alimentos, en especial maíz, si bien este pudo ser la «mínima expresión» de una amplia variedad de granos cultivados. Entre estos lugares estaban Cochabamba, Abancay —donde se producía coca, algodón, pimientos y frutos—, Arica y Arequipa (Polo 1916 [1571]; Wachtel 1982; Gyarmati y Vargas 1999) (Fig. 1). Se ha podido constatar arqueológicamente la existencia de tierras agrícolas estatales en Cuzco, Huánuco Pampa, Arequipa, Abancay y en las islas del Sol y de la Luna en el lago Titicaca (Bandelier 1910; Espinoza Soriano 1973; La Lone y La Lone 1987; Niles 1987).

A menudo, las tierras del Estado y del Sol se encontraban próximas unas de otras, pero los recursos y sus productos estuvieron separados, al parecer, tanto desde el punto de vista administrativo como físico (*v.g.*, Arapa, en el lado norte del lago Titicaca, y en la provincia de Chiquicache). Los enclaves administrativos se localizaron en regiones consideradas estratégicas para la comunicación y el transporte, la recolección de tributo y el control militar en el imperio (*v.g.*, Raqchi, Guaipamarca y Ocomarca). Estos enclaves fueron sostenidos por *mitmaqkuna* —es decir, individuos trasladados de sus comunidades de origen y reubicados en sitios estatales para servir al Inca como fuerza de trabajo permanente—, y por mitayos temporarios. Esta combinación de enclaves atendidos por mano de obra *mitmaq* parece haberse extendido durante el gobierno de los últimos incas, es decir, los años de mayor expansión estatal.

En el Noroeste Argentino existen evidencias de intensificación de la producción agrícola bajo el dominio inca proporcionadas por el uso de una variedad de cultivos, la ampliación de las áreas destinadas a la siembra de granos, así como la construcción de canales, represas, estructuras de almacenaje y asentamientos estatales. Las superficies más extensas se encuentran en Coctaca-Rodero, en la provincia de Jujuy, a 3700 metros sobre el nivel del mar, y consisten en campos aterrizados de casi 6 kilómetros cuadrados de área, ubicados sobre el cono aluvial y piedemonte (Fig. 3). Según las investigaciones realizadas, estas estructuras habrían sido abandonadas antes de ser terminadas como resultado de su construcción en un momento tardío de la vida del imperio (Albeck y Scattolin 1991; Nielsen 1996).

Hacia el sur de la Quebrada de Humahuaca, el *pukara* de Volcán, con evidencias de ocupación desde el siglo XII y que habría sido un centro de población local que controlaba los valles surorientales, presenta rasgos indicadores de haber estado sometido al Tawantinsuyu. En las cercanías de este importante poblado, precisamente en Raya-Raya, se localizaron áreas de terrazas agrícolas donde se han identificado muros con arquitectura inca. Unos pocos kilómetros al norte de Volcán se encuentra el sitio de Esquina de Huajra, ubicado sobre la actual Ruta 40, frente a la quebrada homónima que baja a los valles surorientales. Los trabajos en el cambio del trazado de la ruta dejaron al descubierto al menos cinco entierros registrados en uno de los tres niveles continuos de superficies horizontalizadas

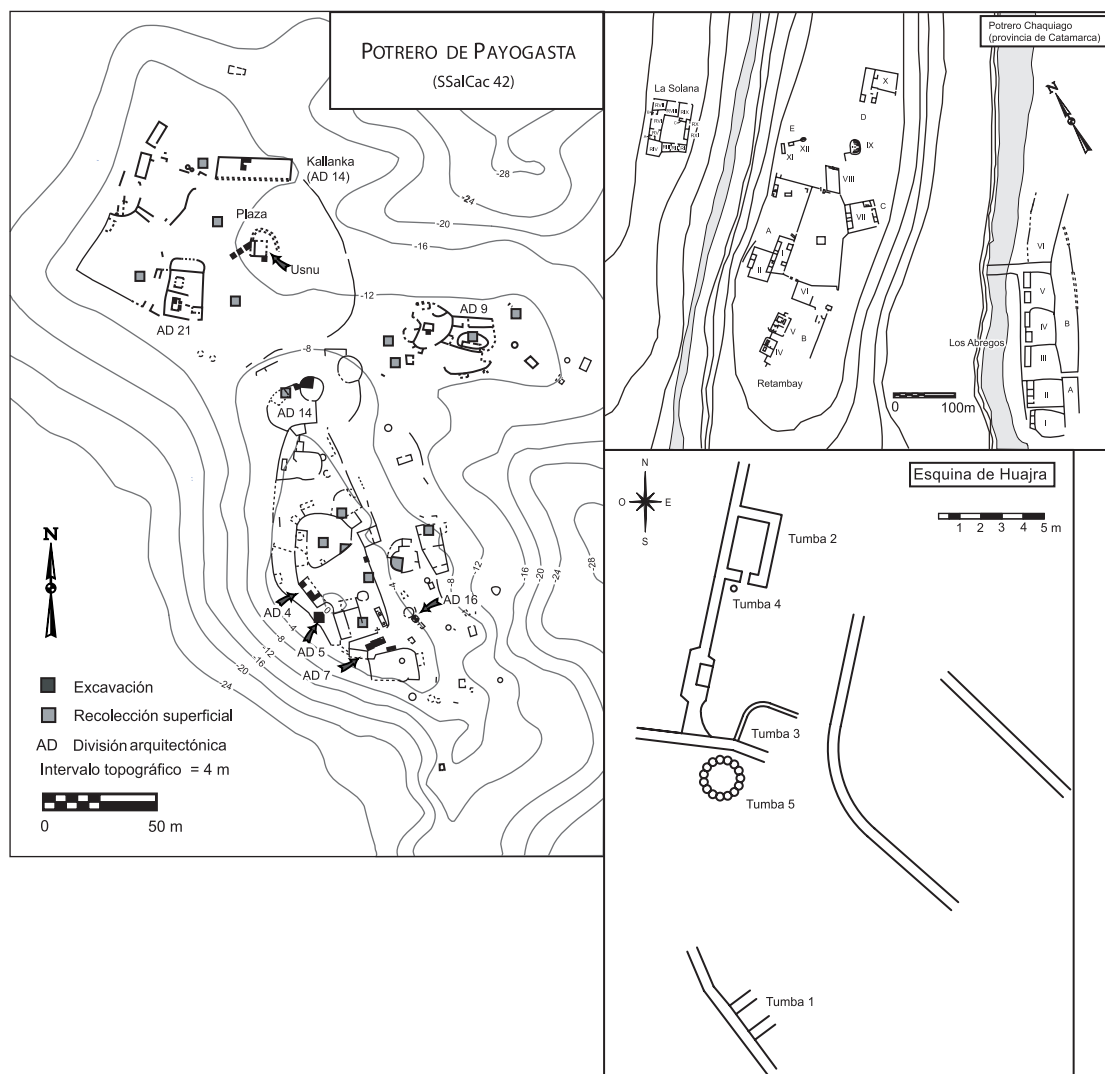


Fig. 4. Arriba a la izquierda, plano del sitio Potrero de Payogasta (valle Calchaquí, Salta); arriba a la derecha, Potrero Chaquiago (bolsón de Andalgalá, Catamarca) y, abajo a la derecha, plano de las estructuras funerarias de Esquina de Huajra (Quebrada de Humahuaca, Jujuy) (Cortesía: M. B. Cremonte).

con motivo de la excavación (Fig. 4) (Cremonte 2003 ms., 2004; Gheggi 2005). Si bien la cronología del sitio es aún objeto de análisis en curso, se puede adelantar que algunos entierros pueden ser fechados, a partir de la cerámica recuperada, hacia el periodo inca (1480-1620 d.C.) (Cremonte y Peralta 2005; Cremonte *et al.* e.p.).

El valle Calchaquí es uno de los más productivos del Noroeste Argentino. En su sector norte, especialmente en el valle del río Potrero, en La Poma y en Palermo, los incas intensificaron la producción agrícola mediante la construcción de canales a ambos lados del río en asociación con establecimientos estatales de la envergadura de Potrero de Payogasta y Cortaderas. Cuarenta kilómetros al sur de Payogasta, los incas construyeron un canal de varios kilómetros de longitud que irrigaba las tierras ubicadas frente al complejo La Paya-Gutián (Fig. 2). Aquí, la producción agrícola debió de ubicarse en las terrazas bajas del río Calchaquí, donde existen grandes posibilidades de cultivo incluso en la actualidad (D'Altroy *et al.* 2000). En el sector medio del mismo valle existen extensas áreas destinadas a la agricultura con superficies aterrazadas (andenes, terrazas), cuadros o canchones de cultivo, acequias,

canales y tomas de agua, como en los complejos agrícolas de Mayuco (45 hectáreas), La Campana-Roselpa-La Despensa (125 hectáreas) y Corralito (115 hectáreas), entre otros ubicados en las quebradas tributarias del río Calchaquí (Fig. 5). Estos valles subsidiarios presentan ciertas características ambientales propicias para la agricultura, especialmente sobre los contrafuertes de los cerros occidentales donde se producen neblinas diarias en las cabeceras de las quebradas transversales, un fenómeno que crea condiciones particularmente favorables para la agricultura e incrementa de manera notable la productividad del área (Baldini y De Feo 2000: 88). También constituyen vías de comunicación enclavadas dentro de las serranías occidentales del valle Calchaquí, el cual conecta con los salares de Ratonés, Diablillos y Hombre Muerto en el altiplano puneño.

Una situación que se repite tanto en la Quebrada de Humahuaca como en el valle Calchaquí es la desproporción existente entre población y área cultivada que llevó a algunos investigadores a concluir que estas tierras recibieron el aporte estacional de trabajadores de otras zonas (Salas 1945). En el Calchaquí medio, los asentamientos incas, diferenciados por su calidad constructiva y forma de las estructuras, no se encuentran directamente asociados a las áreas agrícolas y los asentamientos preincaicos no parecen haber mantenido una gran cantidad de población local. Esto no implica una falta de interés estatal por los sitios productivos de estas quebradas occidentales, sino que el Estado invirtió energía en ampliar las áreas agrícolas como una estrategia de producción y administración de bienes y servicios por medio del dominio del espacio productivo. De esta manera, en el Calchaquí medio, el *pukara* o fuerte de Angastaco, uno de los sitios incas de mayor envergadura en este tramo del valle, se encuentra separado de los focos de población local, como una aparente forma de segregación del espacio estatal del de las poblaciones locales, situación similar a los casos del tambo de Gualfín, Las Cuevas y Compuel (Villegas 2006) (Fig. 6). Este fuerte, de 4,5 hectáreas, pudo haber constituido una defensa contra poblaciones locales hostiles, pero también pudo funcionar como un recordatorio constante de la presencia y el poderío inca, y como sede de actividades administrativas, ya que en varias ocasiones se ha destacado que el Estado inca fue muy versátil en la forma de implementar su dominio (D'Altroy *et al.* 2000; Williams 2000, e.p. b; Williams, Santoro, Romero, Glascock y Speakmann 2006).

En este sector del valle Calchaquí es recurrente la localización de sitios tipo *pukara*. La construcción de fortalezas en los Andes del sur desde el Titicaca hacia el sur ocurrió en ambas vertientes andinas. Cieza de León menciona la presencia de *pukara* en la cuenca circun-Titicaca, donde se estableció una situación de conflicto endémica durante el periodo previo a la ocupación inca. Esta condición se extendió hacia el sur por López, Chicha, Humahuaca, Atacama, Copiapó, Chicoana y Quire-Quire (Fig. 7). Algunos autores consideran que esto refleja situaciones cambiantes de alianzas territoriales en un contexto de conflicto social endémico, aunque las redes de intercambio continuaban en funcionamiento y la circulación era pautada en determinadas rutas y puertos de transacción que siguieron utilizándose entre ambas vertientes de la cordillera (Tarragó 2000: 26). Las poblaciones del Periodo de Desarrollos Regionales, o Intermedio Tardío (900 a 1450 d.C.), tuvieron un gran interés en vigilar su entorno, pero no en ser vistos por quien circulara por las quebradas. Ese interés fue lo suficientemente importante como para asentarse en lugares de acceso tan difícil que deben de haber requerido una considerable inversión de energía en el abastecimiento de agua, alimentos y materias primas. En el vínculo *pukara*-ancestros-fertilidad de las tierras de sembradíos o chacras radicaba la importancia de estos sitios elevados en el paisaje para las poblaciones locales. Como estrategia de dominio, el Inca podría haber materializado su poder por medio de la apropiación de estos lugares y su transformación en huacas (Hernández Llosas e.p.). Su distribución y asociación a pasos naturales hacia la puna sugiere que, posiblemente, tuvieron un importante papel en el control de las vías de comunicación entre ambientes, lo que aseguraba la circulación de recursos, bienes y personas.

Como ya se mencionó, en el sector central del valle Calchaquí las instalaciones agrícolas más importantes se localizan en las quebradas subsidiarias de acceso a la puna, como Cachi Adentro, Luracatao, Mayuco, La Campana, Angastaco, Gualfín y Corralito, y sus cuencas respectivas alejadas del río Calchaquí (Fig. 2). Debido a que este tramo del río ofrece pocos espacios aptos para la agricultura, los mejores ámbitos se encuentran en los lugares más protegidos. Estas quebradas

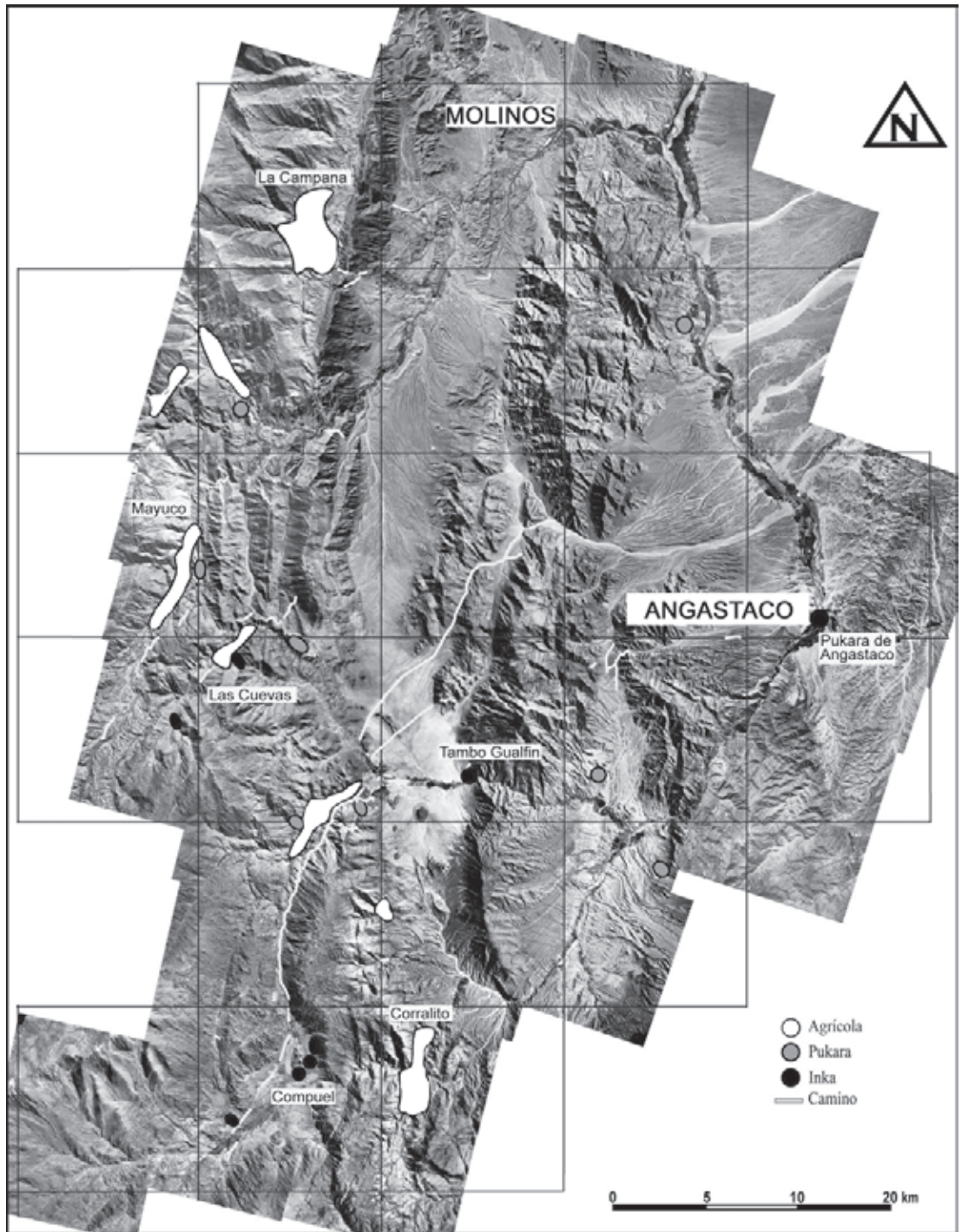


Fig. 5. Mosaico que muestra áreas de cultivo, sitios tipo pukara, sitios incas y vialidad en el valle Calchaquí medio, Salta.

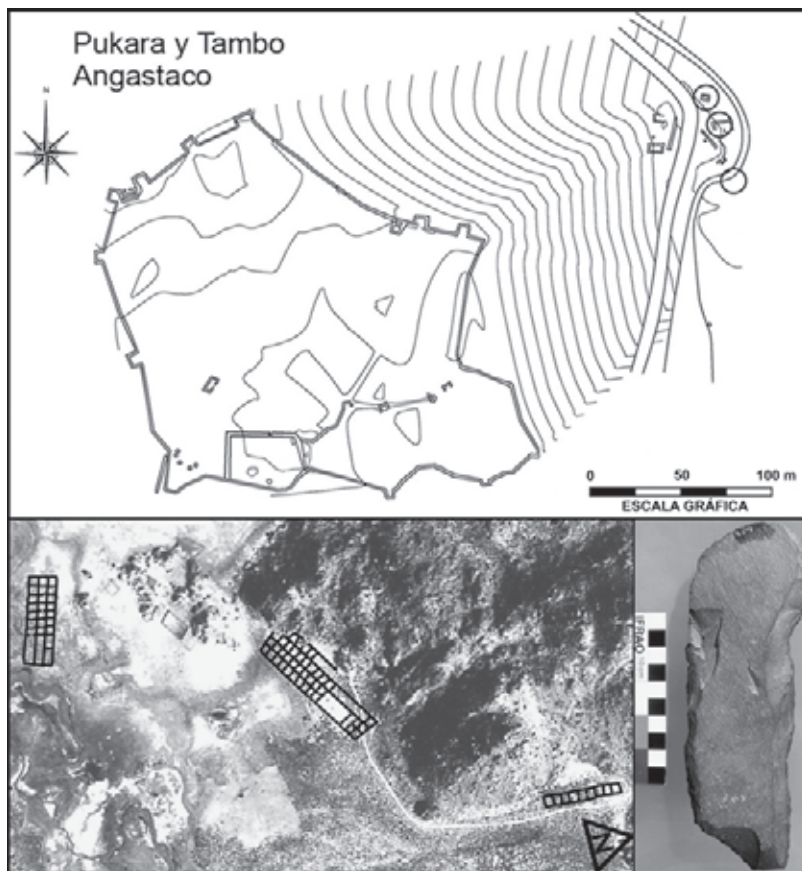


Fig. 6. Arriba, plano del pukara y tambo de Angastaco y, abajo, estructuras tipo celda de Compuel (valle Calchaquí medio, Salta). Abajo a la derecha, imagen de una chaquitacla procedente del tambo de Angastaco.

convergentes al Calchaquí constituyen un hábitat singular y es posible que sus pobladores conformaran un conglomerado étnico también muy particular. Por ejemplo, en la quebrada de Cachi Adentro, el poblado sobre meseta de Las Pailas posee un gran sector agrícola de cientos de hectáreas cubiertas de canchones y terrazas de cultivo, canales de irrigación y drenaje (Tarragó 2000: 274). En la quebrada de Luracatao, el alto potencial de productividad se refleja en las grandes extensiones de tierras acondicionadas para cultivo en forma de terrazas y estructuras arqueológicas que se extienden por más de 26 kilómetros desde la entrada de la misma, y que cubren una superficie de más de 150 hectáreas (Raffino y Baldini 1983; Williams 2003, e.p. b).

Al igual que en el valle Calchaquí, la presencia inca en el valle de Santa María, o Yocavil, y el bolsón de Andalgalá es importante (Fig. 2). Incluye desde grandes centros administrativos hasta pequeños tampus y sitios fortificados, todos conectados por el camino inca. Las tierras del valle de Santa María, situado entre el cerro de las Ánimas (Aconquija) y la sierra de Quilmes, alcanzan 3500 hectáreas de espacios cultivables de fondo de valle. Se suman a esto las quebradas transversales con agua permanente de Tolombón, Pichao, Quilmes (donde sobre la banda occidental del río se ubica una represa de piedra con un canal derivador), Caspinchango (en la banda oriental del río Santa María) y las tierras de Huasamayo, en el valle del Cajón (Tarragó 2000: 263). En este tramo, el valle Calchaquí se ensancha y su fondo estaba ocupado por algarrobales y bañados o suelos pantanosos.

En el valle de Yocavil existieron en épocas preincas por lo menos 14 *pukara*, lo que señala una situación panandina de conflicto y una tendencia a la centralización política con, al menos, dos niveles de jerarquía. En un primer nivel se encontraría Quilmes y su entorno de varios pueblos, y más

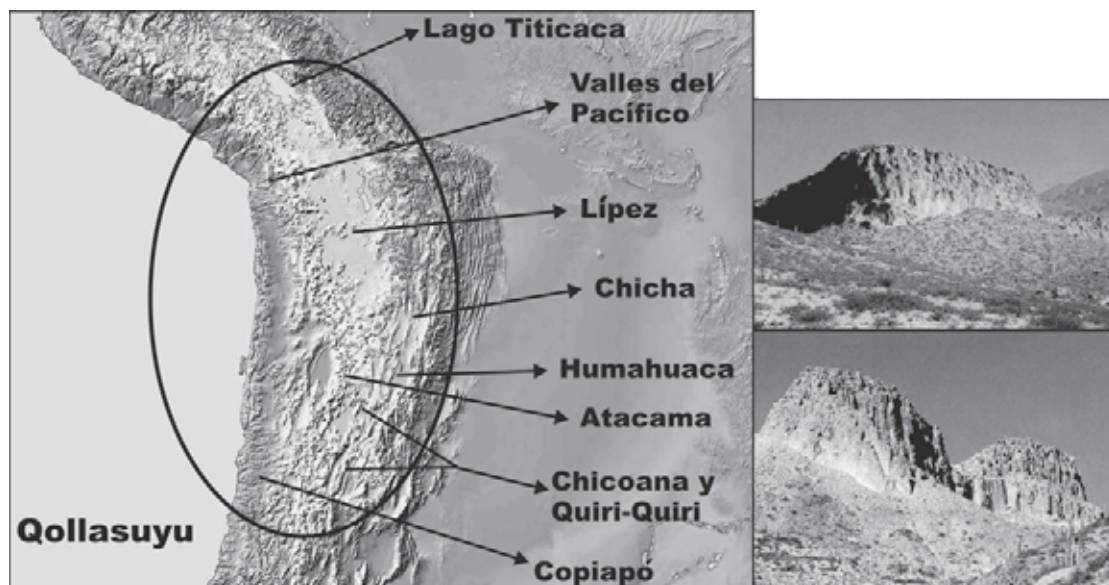


Fig. 7. Mapa con distribución de pukara en el Qollasuyu y vista de pukara del Noroeste Argentino (Fuerte de Tacuil y Mayuco).

al norte el conjunto de Tolombón y Pichao. En un segundo nivel de magnitud se ubicarían los núcleos de Fuerte Quemado, Rincón Chico, Las Mojarras y Cerro Mendocino (Fig. 2). Diversos caseríos y unidades domésticas rurales dependientes de algunos de estos núcleos se distribuían en puntos clave del valle (Tarragó 2000). Tanto Pichao como Tolombón, de 35 hectáreas de extensión, son grandes poblados (Fig. 8), complejos y estructurados de manera íntegra, con muy fácil acceso al curso del río principal y sectores destinados a la agricultura directamente asociados al poblado, aunque con débil presencia inca en lo que a la arquitectura respecta (Williams 2003, 2005b), como ocurre en Fuerte Quemado y Quilmes. En el primer sitio se distinguen grandes espacios pircados sin comunicación que, se supone, fueron destinados a la agricultura. Hacia el sur del asentamiento de Quilmes, donde habría existido una de las residencias de la elite cuzqueña en la parte central del núcleo urbano, también se encuentran andenes regados artificialmente por canales y acequias que se alimentan con agua procedente de una represa de 7000 metros cúbicos de capacidad y grandes cuadros, divididos en su interior por melgas (Pelissero y Difrieri 1981; Raffino 1983).

3. El almacenaje

Un elemento de fundamental importancia en el modelo de hospitalidad andina fue el sistema de almacenaje de bienes y alimentos utilizado en todo el territorio del Tawantinsuyu para fines como: a) el financiamiento de las campañas militares y los trabajos realizados por el sistema de turnos de la *mit'a*; b) el mantenimiento de las instituciones y el personal estatal como la nobleza, el personal administrativo, el culto, el ejército, los especialistas y los trabajadores del sistema de prestaciones rotativas; c) el cumplimiento de las obligaciones de «hospitalidad» en el mantenimiento de las relaciones con los grupos dominados mediante la organización de fiestas públicas y ceremonias, y d) mitigación de los periodos de fluctuación en la producción y/o consumo de bienes.

Por lo general, los almacenes fueron situados en asociación con otros tipos de instalaciones estatales, como áreas de producción agrícola, minera, textil, tambos y/o centros administrativos. Esto ocurre en Cotapachi en Cochabamba, Bolivia; los complejos de Huánuco Pampa, Aukimarca y Raqchi, en el Perú; Shincal en el valle de Hualfín, Potrero Chaquiago en el bolsón de Andalgalá, Agua Hedionda en el departamento de San Antonio y Campo del Pucará en el valle de Lerma, en Argentina (Boman 1908; Fock 1961; González 1980; Morris 1981; Raffino 1983; 2004; Williams 1996; 2004;

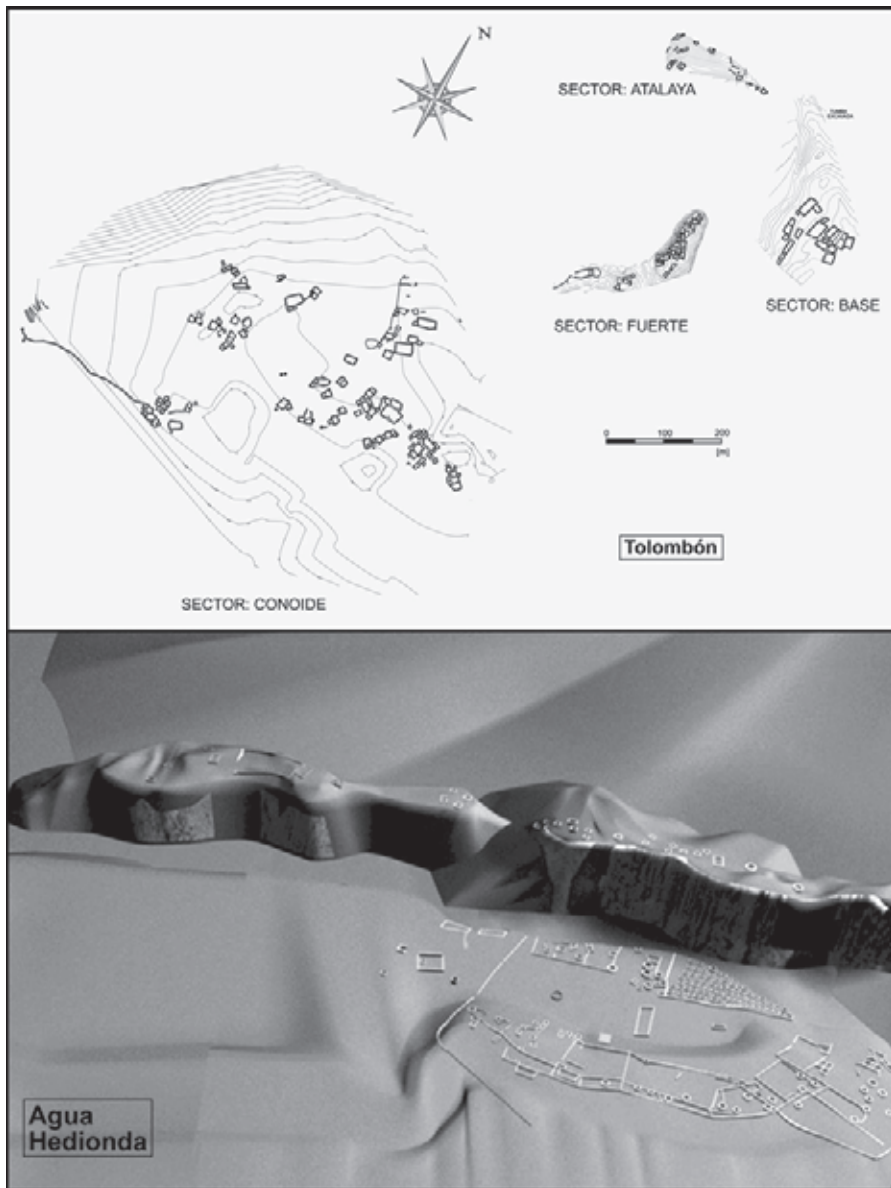


Fig. 8. Arriba, plano del sitio Tolombón (valle de Yocavil, provincia de Salta) y, abajo, plano del sitio inca Agua Hedionda (Quebrada de Humahuaca, Jujuy) (Cortesía: M. B. Cremonte).

Williams y Cremonte 2004; Cremonte e.p.; De Hoyos y Williams e.p.) (Figs. 1, 2). De acuerdo con lo expresado por Williams y D'Altroy para el Noroeste Argentino (1998: 175), la ocupación inca se manifiesta en sectores productivos estratégicamente ubicados, lo que indica que, además de la extracción de recursos, se ejerció un gobierno directo en ubicaciones clave.

Por lo general, los sistemas de *qollqa* se ubicaban en lugares de altura media a alta con la intención de lograr condiciones adecuadas de aireación y humedad. Sin embargo, dos de los grupos de almacenes más grandes del Noroeste Argentino se ubican en alturas que apenas superan los 1000 metros sobre el nivel del mar. Se trata de las estructuras circulares alineadas del Campo del Pucará, en el valle de Lerma, donde llegaron a contarse unas 1700 *qollqa*, prácticamente irreconocibles en la actualidad, y las de Agua Hedionda, en Jujuy (Fig. 8), donde existen más de 103 estructuras de almacenaje

asociadas a un tambo a alturas que no superan los 1400 metros sobre el nivel del mar (Cremonte e.p.). En estos ambientes, el almacenaje pudo haber estado relacionado con la cercanía a los puntos de producción de los bienes depositados o del lugar de consumo, lo que minimizaba los costos de transporte y mantenimiento. La ubicación de estas *qollqa* y campos de cultivo sugiere que el área estaba lo suficientemente pacificada como para que los incas pudiesen trabajar con escaso peligro de las bandas o grupos móviles que habitaban las planicies orientales. Agua Hedionda se comunica hacia el oeste con la Quebrada del Toro (a través de la quebrada de El Morado), hacia el sur con el valle de Lerma; hacia el norte, fácilmente, con el valle de Jujuy y cabeceras de la Quebrada de Humahuaca, y hacia el este, en la ruta del río Perico, con las tierras bajas orientales. Los autores de este trabajo consideran que la ubicación de estos sitios coincide con lo señalado por Morris (1981), en el sentido de que es esperable que el almacenaje fuera más importante cerca de las fronteras del Estado, relacionado con el sostenimiento de la expansión política y económica.

Los asentamientos incas de Agua Hedionda (Jujuy) y Campo del Pucará (Salta) formaron parte de un mismo sistema de producción, almacenaje y distribución de productos agrícolas ubicados en una zona de transición sumamente apta para la agricultura de maíz, que permitía contar con una cosecha más temprana (*michk'a*). Esta zona limita con las formaciones de monte y selva, lugar de donde podían obtenerse otros recursos necesarios y codiciados en el borde de la puna (Cremonte e.p.). También es posible que fueran establecimientos que abastecieran enclaves ubicados estratégicamente en la frontera oriental del Tawantinsuyu. Agua Hedionda podría haber funcionado como un enclave satélite de Campo del Pucará, situación que sería similar a la del valle de Cochabamba, donde sitios para almacenaje menor, como Kharalaus Pampa, se encuentran cerca de Cotapachi, con lo que se demuestra que la presencia de sitios satélites menores es una característica de la organización del almacenaje en los enclaves de producción estatal (Gyarmati y Vargas 1999).

En el valle Calchaquí, el almacenaje en el sitio de La Paya, de carácter aldeano y doméstico, contrasta con el encontrado en el tambo Potrero de Payogasta, ubicado más al norte. Otras instalaciones de almacenaje se encuentran en la cueva Los Graneros, una formación de arenisca ubicada en una quebrada que desemboca en la margen izquierda del río Calchaquí, a 3000 metros sobre el nivel del mar (Fig. 3). Descubiertas por Alberto Rex González y Pío Pablo Díaz en 1969, se trata de 24 estructuras de barro, de forma cuadrada o troncocónica, que comprenden depósitos de almacenaje y construcciones más pequeñas y de paredes bajas. Según Tarragó y González, constituirían bandejas para desgranar (Tarragó y González 2003: 125) y durante la limpieza del derrumbe de las paredes y el techo del silo número 22 y en el silo número 15 se recogieron muestras de vegetales asociadas al piso de las estructuras y entre ellas se hallaron restos de paja de maíz, marlos y granos de maíz y, en menor proporción, semillas de poroto, calabaza y algarrobo (González 1980: 63; Tarragó y González 2003: 132). Una característica interesante es la presencia, en sus paredes, de piedras salientes a manera de escalones para acceder desde el techo. Este sitio no se encuentra asociado a ninguna infraestructura local o estatal, a excepción de un tramo del sistema vial. La funcionalidad exclusiva del sitio fue la de acumular alimentos para un consumo particularizado, es decir, se buscaba trascender los requerimientos rutinarios de asentamientos residenciales, administrativos o políticos (Tarragó y González 2003: 137).

Por otra parte, en diversos sectores del territorio anexado al imperio se ha hallado un tipo especial de estructuras destinadas a la agricultura, siembra y/o almacenaje. Se trata de grandes recintos tipo celda, de planta cuadrada, muy regulares y unidos en hilera que, en territorio argentino, se ubican en la Quebrada de Humahuaca, el valle Calchaquí, el valle del Cajón, Amblayo y el valle de Abaucán. Este tipo de estructuras cuentan, en su mayoría, con fácil acceso al camino inca, a sitios con material y arquitectura imperial y cursos de agua. Ya sean considerados depósitos o terrenos de cultivo, siempre se encuentran emplazados en asociación a centros o enclaves de producción de alimentos (De Hoyos y Williams e.p.).

4. Recursos vegetales y animales

Varias fuentes coinciden en la apreciación de que el maíz y la carne fueron considerados alimentos de los dioses y, por extensión, del Inca. Para el cultivo del maíz, los suelos fértiles deben ser rotados y

sembrados con otras especies para recuperar los nutrientes rápidamente (Cobo 1964 [1653]: libro IV, cap. V, 244). De allí que el estricto orden en el inicio del trabajo en las tierras, mencionado por varios cronistas, respondería a las condiciones específicas que los granos requieren en una secuencia de acuerdo con la elevación y el tiempo de maduración (Mitchell 1980; Hastorf 1993). Normalmente, las tierras altas deben ser cultivadas antes que las tierras bajas debido a la temperatura y al patrón de las lluvias. Además del maíz, una serie de vegetales completan la dieta en los Andes, como la papa, quinua, poroto y el pimiento rojo en sus diferentes formas, y las evidencias botánicas procedentes de *qollqa* demuestran que los incas cultivaron una mezcla de granos que estaban disponibles localmente, lo que incluía a los tubérculos (D'Altroy 2001: 276).

Asimismo, los animales tenían un rol importante en la vida humana como proveedores de comida, ropa, compañía y símbolos de estatus, con lo que extienden su significado más allá de sus valores nutricionales y económicos (Reitz y Wing 1999). Si bien los análisis faunísticos se han centrado tradicionalmente en la reconstrucción de la subsistencia o dieta, la consideración del contexto social y los significados culturales asociados a los animales pueden enriquecer el conocimiento de las sociedades pasadas y presentes (Miracle y Milner 2002). En el tratamiento de las sociedades jerarquizadas preestatales y estatales se ha comenzado a estudiar cómo la desigualdad y las diferencias de estatus se pueden reflejar en el acceso diferencial a los alimentos y en la realización de festines y comidas públicas (Crabtree 1990). Los conjuntos faunísticos también pueden proporcionar evidencias de conductas rituales o ceremoniales mediante los sacrificios de animales y la realización de eventos como los mencionados. En los Andes, el uso simbólico de los cuyes (*Cavia porcellus*, también llamados «cobayos») y camélidos (*Lama* sp.) cuenta con evidencias etnográficas y arqueológicas (Sandweiss y Wing 1997; Mengoni Goñalons 2004). En los Andes, los camélidos fueron sinónimo de riqueza al servir como medio de transporte, así como de materia prima para comida, tejido y prestigio. En referencia directa a la fauna, la información etnohistórica en los Andes Centrales indica que los camélidos domesticados pertenecían al Inca, mientras que los camélidos silvestres correspondían al Sol (Sandefur 2001). El Estado invirtió energía en criar y cuidar grandes rebaños que fueron usados para mantener el ejército imperial, para los sacrificios y para ser consumidos en las fiestas públicas. También fue parte de su política el tratar de introducir rebaños en áreas donde eran desconocidos para las economías indígenas, especialmente en el norte del Perú y sectores de las tierras altas del Ecuador.

Se ha planteado que, durante el imperio inca, hubo un aumento en el manejo ganadero de los camélidos y una variabilidad en el consumo y utilización de las especies animales en los diferentes sectores de las poblaciones locales (Mengoni Goñalons 2004, 2006 ms.). En sitios con componentes incas de la Quebrada de Humahuaca y valles orientales de Jujuy, la caza de camélidos silvestres y de cérvidos era una actividad relativamente importante como complemento de la dieta aún cuando la ganadería aparece como la principal fuente de recursos animales (Madero 1991). En cambio, en otros sitios incas, como Potrero Chaquiago, en el bolsón de Andalgalá, la ganadería aparecería como actividad casi exclusiva, mientras que la caza de cérvidos o chinchillidos constituía un fenómeno ocasional (Madero 1996 ms.). Situación similar se dio en el complejo de Huánuco Pampa, en la sierra central peruana, donde la ganadería de llamas y alpacas aparece como predominante, con cierto aporte de la caza de cérvidos (Morris y Thompson 1985). El fenómeno ocasional de caza se manifiesta en el valle Calchaquí en la casi inexistencia de puntas de proyectil en los contextos incas de los sitios Angastaco, Gualfín y Corralito, lo que podría implicar tanto una baja incidencia en la dieta de productos obtenidos por caza (Mengoni Goñalons 2006 ms.)³ como un bajo nivel de conflicto social.⁴ Ambas posibilidades quedan sujetas a futuras investigaciones.

Es notable la baja representación del material lítico en una serie de contextos arqueológicos incas del Noroeste Argentino (*v.g.*, tambo y *pukara* de Angastaco, Gualfín y Corralito) en relación con la cerámica. Sobre la base de los análisis realizados es posible inferir que su producción habría estado ligada al mantenimiento o reproducción diaria de actividades de corte, raspado, perforado y desbaste implicadas en tareas de procesamiento, probablemente, de carne, cueros y/o otros alimentos por parte de las poblaciones (Chaparro 2006). Entre las materias primas más conspicuas está la obsidiana, que también repite una baja presencia en sitios incas del Calchaquí medio. La obsidiana es la única

roca que proviene de afloramientos volcánicos puntuales ubicados en las tierras occidentales de la puna y debió depender, como en momentos anteriores al régimen inca, de un circuito de intercambio aún bajo el dominio estatal.⁵ El contacto con las tierras altas y el aprovechamiento de sus recursos está comprobado por una amplia evidencia material recuperada en numerosos sitios de la zona y sus alrededores (Baldini 2003; Williams y Cremonte 2004; Cremonte y Williams 2005; Sprovieri 2006). Por ejemplo, las probables fuentes de extracción de obsidiana de los materiales líticos de Potrero Chaquiago, como Antofalla o la Cueva del Cuero, están a más de 200 kilómetros del sitio, en la cuenca de Antofagasta de la Sierra. Por otro lado, la sierra de Zapata, posible área de extracción del estaño usado en la manufactura de metales encontrados en Potrero Chaquiago, se ubica a 110 kilómetros del establecimiento (Williams 1996). Resultados procedentes de investigaciones de sitios de Catamarca y Jujuy sobre la procedencia de obsidiana (Yacobaccio *et al.* 2004) apoyarían la propuesta de que las redes de intercambio se mantuvieron, a pesar del supuesto estado de violencia, desde el Periodo de los Desarrollos Regionales, o Intermedio Tardío, hasta la ocupación inca de la región.

Ante una intensificación productiva y de procesamiento de alimentos podría ser esperable un conjunto lítico caracterizado por implementos de laboreo de la tierra (palas y/o azadas) y de molienda (portables o no) y hasta cierta estandarización de sus diseños. Con la excepción de una probable lámina de *chaquitacla* que fue hallada en el *pukara* de Angastaco (Fig. 6), ninguno de aquellos elementos mencionados ni los desechos de su manufactura se han encontrado hasta ahora en los sitios aquí presentados. Esta llamativa ausencia de instrumentos de labranza en los asentamientos locales deja como interrogante definir si las actividades agrícolas eran manejadas por otras poblaciones de índole no local (*mitmaqkuna*). En ese caso, ¿cómo subsistían las poblaciones locales? Los datos de isótopos estables de restos humanos de los sitios de Tolombón y Agua Verde ofrecen indicios de importante consumo de maíz, pero ¿fue este grano suministrado por el Estado, sin la intervención directa de las poblaciones locales, o estas proporcionaron la producción bajo reglas del Estado? (Williams 1996; Williams y de Hoyos 2001; Cámara Hernández y Alzogaray, comunicación personal 2003).

5. La dieta

Los datos botánicos recuperados en los sitios arqueológicos reflejan la producción más que el consumo, y el consumo directo de ciertas especies vegetales —granos, vegetales o frutas— y animales puede ser inferido a partir de resultados de análisis de isótopos estables de carbón y nitrógeno en tejidos óseos.⁶ Los resultados de los análisis isotópicos de restos óseos humanos del sitio inca de Esquina de Huajra, en Jujuy, indican un importante consumo de plantas C_4 en la dieta, que para la zona corresponde al maíz (media delta carbono-13 sobre colágeno: -10,66‰). Esto coincide con los valores obtenidos para delta carbono-13‰ en apatita, los cuales también indican un aporte importante de alimentos de tipo C_4 bajos en proteínas como es el uso del maíz. Se debe recordar que el valor de delta carbono-13 en apatita refleja también el aporte a la dieta de hidratos de carbono y lípidos, lo que indicaría que la dieta combinó el consumo de vegetales C_4 con el de carne en el caso de Esquina de Huajra. Las muestras del sitio del Periodo de Desarrollos Regionales-Inca de Tolombón (Salta) muestran homogeneidad en los valores obtenidos para delta carbono-13‰ sobre colágeno (media -9,32‰), lo que indica cantidades importantes de maíz en la dieta de estos individuos. Nuevamente, el delta carbono-13‰ en apatita coincide en señalar ingesta de plantas C_4 bajas en proteínas, por lo menos para el único dato por el momento disponible. Los valores isotópicos combinados de delta carbono-13‰ en colágeno y apatita de las muestras de un enterramiento inca en Agua Verde, ubicado a 3 kilómetros del sitio administrativo de Potrero Chaquiago, en Catamarca, señalan una dieta combinada de carne y vegetales, con preferencia del maíz (Williams y de Hoyos 2001: 27).

El promedio de delta carbono-13 apatita-colágeno en las muestras analizadas por los autores es de 5,4‰. Tanto este resultado como los individuales serían compatibles con la propuesta de una dieta básicamente compuesta por maíz, complementada con proteínas de animales terrestres. Esto se hace evidente al observar la dispersión de los resultados obtenidos en relación con los valores medios de

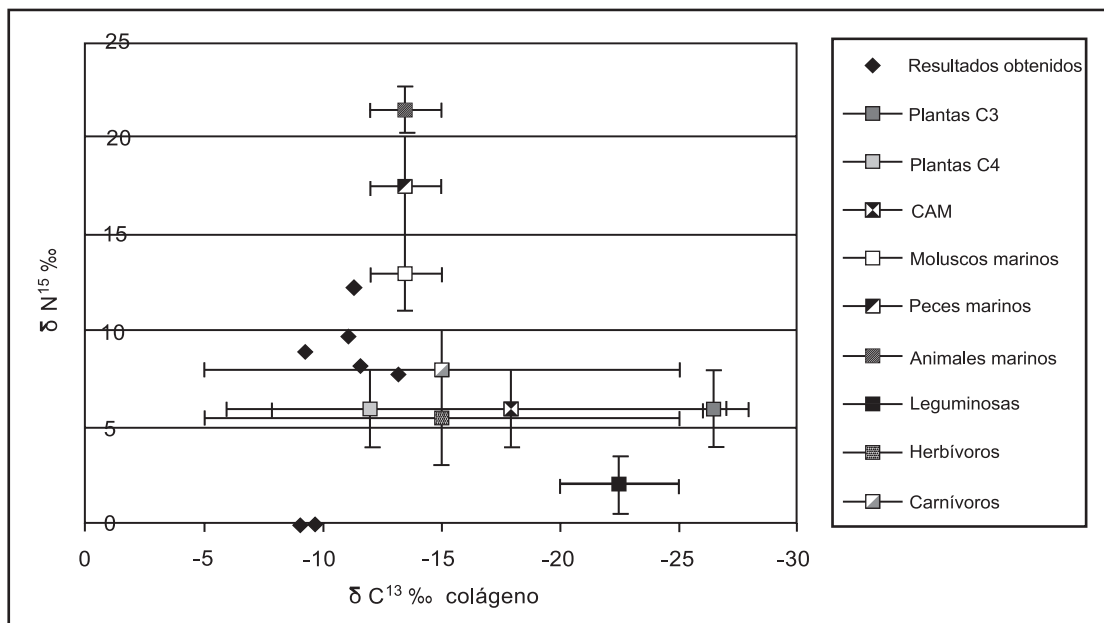


Fig. 9. Valores obtenidos para delta carbono-13‰ y delta nitrógeno-15‰ sobre colágeno óseo de Esquina de Huajra, Tolombón y Agua Verde comparados con valores medios de delta carbono-13‰ y delta nitrógeno-15‰ para los principales grupos de alimentos.

delta carbono-13 y delta nitrógeno-15 sobre colágeno de cada grupo de alimentos (Fig. 9).⁷ Las muestras se ubican hacia el extremo inferior del rango esperado para plantas C₄ y dentro del rango de herbívoros, y se ha considerado un enriquecimiento de delta nitrógeno-15 de 3-4‰ para cada nivel trófico.

Los valores de delta nitrógeno-15 obtenidos para Esquina de Huajra indican la ingesta de proteínas provenientes de animales herbívoros alimentados con una importante cantidad de plantas C₄. Es interesante el caso de una de las muestras de Esquina de Huajra (EH T3 I1), que muestra un valor muy elevado de delta nitrógeno-15 (12,2‰), lo que indica una importante ingesta de proteínas cárnicas; sin embargo, valores similares pueden ser alcanzados a partir de la ingesta de proteínas marinas, lo cual parece improbable a partir de la ubicación del sitio. Para el único caso analizado en Tolombón, a partir de los valores de delta nitrógeno-15 se puede decir que dicho individuo consumió proteínas derivadas de una fuente cárnica. Similar conclusión se alcanza al examinar los valores de Agua Verde. Los valores de nitrógeno obtenidos para todas las muestras indican consumo de animales terrestres, posiblemente herbívoros, con signatures isotópicas del orden de 5‰ y 6‰, donde se considera un incremento de 3‰ a 4‰ entre el nivel trófico herbívoro-humano. Sería interesante cotejar estos datos con futuros análisis químicos sobre fauna arqueológica del área. Los resultados paleodietarios por ahora alcanzados arrojan importante luz acerca de la dieta de las poblaciones locales bajo el dominio inca. En este sentido, la dieta de los individuos bajo estudio se compuso de un importante aporte de maíz en complemento con proteínas derivadas de carne de animales terrestres. En contraposición a lo señalado por varios documentos históricos, las leguminosas no parecen haber formado parte importante de la dieta. Esta información ya había sido resaltada por un trabajo de Williams y De Hoyos (2001).

Si se apunta a una perspectiva sanitaria, la dependencia del maíz como única fuente de proteína comportaría serios problemas a la salud de estas poblaciones. El maíz es útil para los requerimientos calóricos, pero posee un déficit de ciertas proteínas utilizadas por el organismo, dos aminoácidos esenciales (lisina y triptófano) y una vitamina (niacina). La dependencia del maíz sin el aporte de otras proteínas pondría en riesgo el crecimiento y desarrollo de cualquier comunidad. Sin embargo, no se

esperaría hallar patologías nutricionales frecuentes en las poblaciones bajo estudio, ya que, por lo visto, y si se considera el número limitado de casos con los que se trabaja, el complemento proteico habría sido importante.

6. Apropiación simbólica del espacio productivo

Las marcas en el paisaje pueden ser interpretadas como una de las manifestaciones más visibles de la territorialidad de un grupo humano, realizadas como parte de una estrategia más general para la apropiación de nuevos espacios conquistados. Además, si estas marcas estaban vinculadas con actividad ritual, el proceso implícito en dichos procedimientos es la «sacralización del paisaje», en este caso en función de la cosmología del grupo dominante que intenta apropiarse culturalmente de estos nuevos dominios. En ese sentido, el resultado buscado por esta estrategia es transformarlo en «paisaje conquistado» (Hernández Llosas e.p.).

Durante el Horizonte Tardío, el Inca aumenta las áreas agrícolas al incorporar superficies a cotas más elevadas y con mayor pendiente que en momentos anteriores (Albeck 1992, 2001). Vinculados con áreas de producción agrícola, los elementos líticos juegan un papel muy importante en el proceso de significación del contorno natural andino. Piedras, rocas y cerros dominan de una manera poderosa tanto el paisaje natural de los Andes como el paisaje mental de sus habitantes (Van de Guchte 1990). El culto a los wamanis, el sistema de uywiris (lugares sagrados), los monolitos huanca, las piedras portátiles como *illa*, *conopa* y *enkaychu* o las «piedras cansadas» son algunos ejemplos de un «discurso lítico» en el sentido de Van de Guchte (1990). En muchas ocasiones, los incas usaron la intervención artística, sin imponerla visualmente, para revelar la naturaleza de un importante rasgo natural y resaltaron elementos distantes del paisaje por imitación de esas formas mediante rocas esculpidas a mano. Por ejemplo, en el complejo de Machu Picchu, el Intihuatana emula la forma de una de las formaciones del macizo del Huayna Picchu.

En el Calchaquí, la mayoría de los faldeos que circundan los asentamientos tipo *pukara* están cubiertos por estructuras agrícolas donde se ubican grandes bloques rocosos con grabados de motivos abstractos de líneas serpenteantes junto a horadaciones o depresiones circulares u ovoidales semejantes a los de los sitios Campo Morado, en la Quebrada de Humahuaca, Vinto, en el valle de Lluta, en Chile, o en el valle de Chicha/Soras, en Bolivia (Briones *et al.* 1999; Meddens 2002; Valenzuela *et al.* 2004), además de piedras esculpidas con aristas escalonadas y molduras. En el sitio Fuerte de Tacuil se encuentran grabados en bloques pétreos, con motivos de líneas paralelas concéntricas tipo andenes («chacras» o miniaturas de campos de cultivo) y en forma de «tumi» (Fig. 10). La ubicación del soporte, su gran tamaño y forma aplanada, y los elementos grabados que contiene, que parecen haber sido ejecutados en un evento único para formar una gran composición, sugieren que la función de estas rocas podría haber sido para la realización de rituales o ceremonias específicamente (Hernández Llosas e.p.).

Por otro lado, los sitios del Calchaquí medio, como La Campana, Mayuco, Tacuil y Gualfín, también están en relación directa con el camino inca y la gran infraestructura agrícola. La red vial inca es conocida como uno de los mayores monumentos de la humanidad y símbolo omnipresente de poder y autoridad del Estado para con los pueblos conquistados. De hecho, puede haber funcionado como bisagra en la unión de ambos paisajes, el local y el estatal (Hyslop 1984: 2). Por otro lado, se ha planteado una interpretación acerca del camino inca a manera de geoglifo (Berenguer 2005), es decir, que este pudo hacer las veces de un «marcador espacial» primordial en la territorialidad simbólica de los incas. Desde esta perspectiva, la presencia de determinados motivos rupestres y sitios que pueden estar vinculados con actividad ritual y ofrendas reforzaría la idea de que se trata de actividades integradas dirigidas a reafirmar la apropiación simbólica del paisaje (Hernández Llosas e.p.).

Es característico de este sector del valle que los grabados estén inmersos en sitios que corresponderían al momento previo a la llegada de los incas, como los *pukara*. Ahora bien, ¿por qué el Inca se adueña de estos espacios o territorios? Se debe retomar el concepto de «pukara», que va más allá de la idea de «fortaleza» e incluye dos dimensiones simbólicas que aluden a la Pachamama y a los antepasados. Según Tarragó (2000: 267), «[d]e ahí que la conjunción de 'chacras', instalaciones básicamente agrícolas,

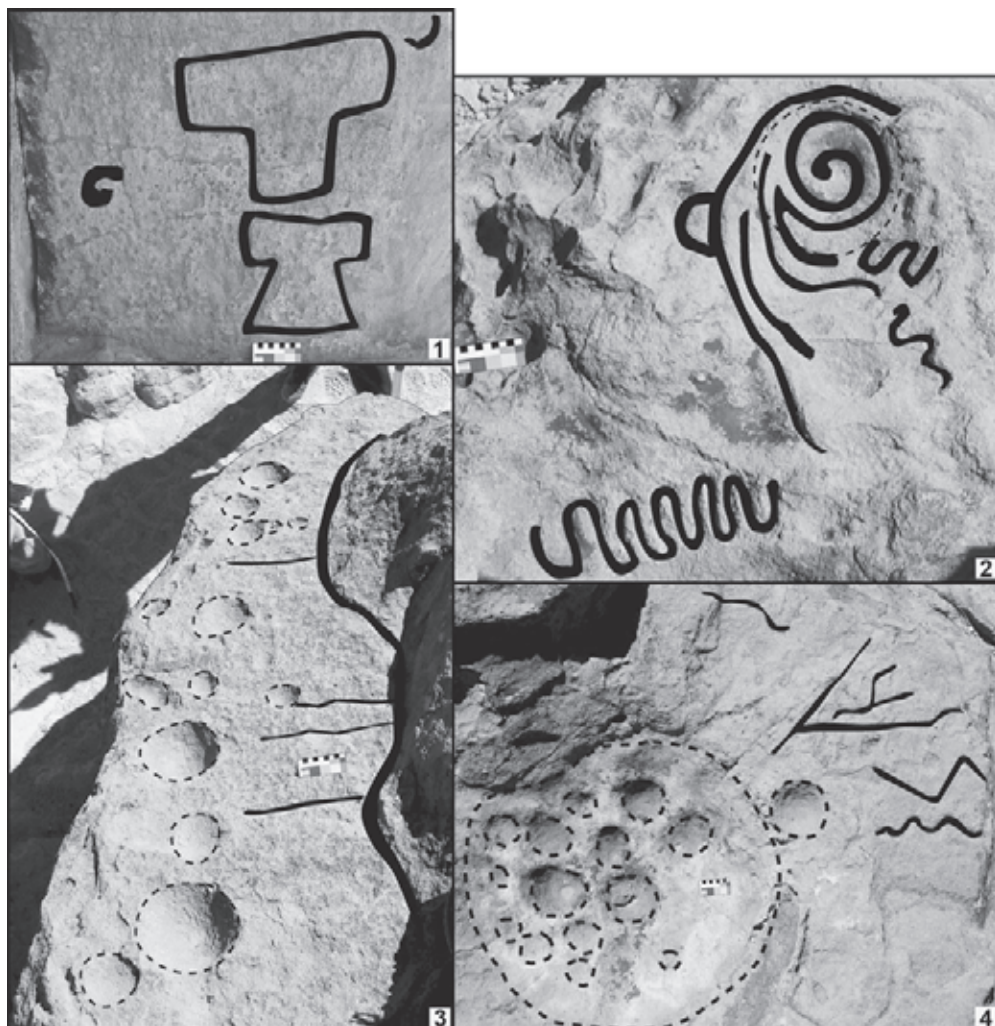


Fig. 10. Imágenes de los grabados en piedras del sitio Fuerte de Tacuil (Calchaquí medio, Salta). 1. Tumis; 2. Espiral y motivo serpentiforme; 3. Cochas y líneas; 4. Cochas.

y el *pukara*, como centro social, político y religioso, constituya una metáfora del periodo». El agua, el líquido fundacional de la actividad agrícola, es vista como procedente de los lagos y vertientes de la alta montaña para, eventualmente, llegar al mar, desde donde sube al cielo y desde allí es vuelta a distribuir en forma de lluvias estacionales que bañan los cerros sagrados, objeto de veneración de las comunidades. Con esa concepción se vincula la noción de *pukara*, que debía ocupar un lugar elevado para establecer la relación con los antepasados y con la fertilidad de las tierras de sembríos o chacras (Tarragó 2000: 291). Los parajes con características especiales por su aislamiento y por la presencia de bloques rocosos aptos para recibir inscripciones y dibujos, o los campos de piedras grabadas o petroglifos, también debieron de ser lugares de peregrinaje y de reunión en relación con las creencias y la concepción del mundo de los pueblos de los valles calchaquíes. Ahora bien, ¿cuál sería el correlato material de la compleja actividad ritual inca manifestada en eventos simbólicos, repetitivos, en situaciones y lugares específicos, con ofrendas específicas, sacrificios humanos y animales, o la producción de motivos rupestres?⁸

Distintas fuentes mencionan la importancia de la deidad Amaru y su papel en la cosmología inca. La referencia principal aparece en Guamán Poma (1980 [1615]) cuando señala que los incas descienden

del Amaru y las serpientes, los que son considerados, por lo tanto, como ancestros. La transformación del Amaru en piedra en el relato de Huarochirí es importante porque expresa el vínculo entre la serpiente, el agua y la piedra, y hay que resaltar la aparición del Amaru en momentos de gran transformación hacia un nuevo orden (Meddens 2002). El Amaru es una especie de anaconda y a su esencia van asociadas nociones centrales de la cosmología inca tales como los ancestros, el cielo, la tierra, los ríos, las quebradas, la lluvia, los canales de riego, las piedras, las cuevas, la fertilidad, la procreación y, por su condición de ancestro, es un tipo particular de huaca. Para Meddens (2002), las piedras con grabados en forma de depresiones que se encuentran en el valle de Chicha/Soras sugieren que podrían haber servido tanto como recipientes para ofrendas sólidas o líquidas, como para recibir agua de lluvia o de los canales rebalsados, la que podía ser usada en rituales especiales en momentos específicos.⁹ Para Van de Guchte (1990), las piedras talladas, por su ubicación en las cercanías de canales, ríos o vertientes, serían marcadores de la organización del espacio en relación con cuerpos de agua y de la organización del tiempo en relación con el calendario agrícola (Hernández Llosas e.p.).

Para el imperio inca, los canales de irrigación no tenían solo un valor económico, sino que también servían a funciones cosmológicas, debido a que las fuentes de los canales eran consideradas «huacas» (Sherbondy 1986: 46). El sistema de ceques —y, por definición, las huacas, que eran la manifestación concreta de su localización y existencia—, servía para delimitar los distritos de irrigación de áreas específicas que eran manejadas por diferentes ayllus/panacas. De manera análoga, el sistema de ceques del Cuzco ha sido comparado con el concepto de «quipu» (Zuidema 1989, 1995). Meddens (2002) sugiere que la estructura de distribución de los grabados asociados al sistema de riego en el valle de Chicha puede corresponder a una variante del concepto de «ceque» y constituiría un sistema que semeja un quipu plasmado en el paisaje, en el que las piedras grabadas con depresiones corresponderían a los nudos, mientras que los canales y los ríos aludirían a los hilos.

7. La producción e intercambio de cerámica

Una producción de suma importancia para el imperio fue la manufactura y distribución de un conjunto cerámico de estilo estatal, considerado como constituyente de una estrategia consciente y planeada para crear símbolos materiales de jerarquía social en el contexto de fiestas y ceremonias. La cerámica de estilo Cuzco Polícromo es el sello de la presencia inca en todos los Andes y estuvo presente en casi 2000 instalaciones estatales y cientos de sitios locales desde el Ecuador hasta Argentina (Hyslop 1993). Sin embargo, su rol en la economía estatal estuvo más restringido en los Andes Meridionales que en otras áreas del Tawantinsuyu. Numerosos investigadores consideran que la técnica de manufactura de la cerámica estatal varió de una provincia a otra y aparece como una consecuencia ineludible de la dependencia sobre los ceramistas locales para su manufactura y sobre la limitada circulación espacial de aquellas vasijas debido a su peso y fragilidad. La tradicional cerámica polícroma se asocia con el Estado inca en términos de su significado funcional y su papel en el contexto de la construcción del imperio tanto como componente integral de las estrategias de legitimación y control del mismo como de un equipo culinario que intervino en las negociaciones del Estado (Bray 2003a: 5). Se considera que «la cerámica inca es simple y, a la vez, distintiva, pero su impacto, en términos políticos, debería ser de una escala y naturaleza diferente visual y particularmente a la de la cerámica local en su totalidad» (Morris 1974: 27).¹⁰ Así por ejemplo, el «estilo Inca» pudo haber sido usado por ciertos miembros de la sociedad como una expresión de estatus y poder y, por lo tanto, ser considerado por los grupos subordinados como una causa o elemento desencadenante de nuevas formas de acción social y resistencia. Del mismo modo, la cultura material de «estilo nativo o local» podría haber estado relacionada a una variedad de discursos de identidad que favorecía los procesos de dominación y resistencia.

En cuanto a las formas cerámicas del repertorio estatal, los incas también introdujeron en el Noroeste Argentino tres tipos cerámicos muy característicos: los aríbalos, los platos-pato y las ollas de pedestal. Estas formas resultan novedosas en el repertorio local y se pueden rastrear fácilmente. Las funciones de servicio y/o almacenaje de alimentos o bebidas pueden ser inferidas por las características

morfológicas de las vasijas. Para ilustrar esta tendencia, se presenta la información de dos sitios estatales: el centro administrativo de Potrero Chaquiago, en el bolsón de Andalgalá (Catamarca), y el tambo de Angastaco, en el valle Calchaquí (Salta). El sitio inca de Potrero Chaquiago, de 4,3 hectáreas, se ubica en el departamento de Andalgalá, Catamarca, en un zona ecotonal (a 1600 metros sobre el nivel del mar) entre las formaciones subtropicales del Tucumán y los ambientes áridos del oeste. Está conformado por cinco sectores arquitectónicos, dos de ellos circundados por murallas perimetrales (Williams y Lorandi 1986; Williams 1996, 2000). En el sector La Solana, y sobre un total de 554 bases, las formas cerámicas para servicio, como escudillas, platos, jarras y vasos, fueron las más populares (51%), seguidas por las vasijas destinadas a la cocción de alimentos (16%). El almacenaje está representado por los aríbalos, las grandes ollas con pie cónico y las ollas con bases cóncavo-convexas (34,55%). El sector Retambay ofreció un panorama algo distinto. En dos áreas, la plaza y el patio (subunidad II), los aríbalos, o aribaloides, y las ollas destinadas a la cocción de alimentos han sido más populares, mientras que en un sector residencial (subunidad IX) prevalecen las formas de escudillas y las ollas. Si se considera el total de bases de Retambay (n=73), las piezas para almacenaje alcanzan un 41%, las de cocina un 27%, y un 31% los de servicio o consumo de alimentos.

La integración de la información procedente de las formas de alfarería y la distribución de estilos cerámicos en los sectores arquitectónicos de Potrero Chaquiago es concordante con el supuesto de que en Retambay predomina la cerámica Inca Provincial (26,6%) y las ollas pie de compotera (12,5%) sobre los estilos locales (6,9%), aunque todavía es muy abundante el material no decorado (54%). En general, los conjuntos arquitectónicos de plaza amurallada, plataforma, *kallanka*, *sunturbhuasi*, etc. son los de mayor relevancia desde el punto de vista administrativo, político y religioso o de producción y/o consumo de bienes suntuarios y es de esperar que presenten contextos cerámicos más finos que el resto de los sectores. En el sitio de La Solana se han recuperado evidencias de actividades de producción de bienes básicos y suntuarios, así como actividades domésticas y de hospitalidad, lo que corresponde con una mayor popularidad de piezas no decoradas (47,7%), seguidas por la alfarería de estilo Inca Provincial (26,8%), las ollas pie de compotera (10%) y la cerámica de la fase Inca (15,2%).¹¹

Indudablemente, se puede señalar un estrecho vínculo entre los contextos funcionales de estos dos sectores del sitio de Potrero Chaquiago y las formas cerámicas que predominan. En La Solana, las actividades domésticas desarrolladas en los distintos recintos excavados se traducen en la presencia de estructuras de combustión, restos vegetales carbonizados, huesos quemados, vasijas con superficies tiznadas y morfologías adecuadas a la exposición al fuego como apéndices cónicos, ausencia de asas —lo que indicaría que no fueron portátiles—, y bases pie de compotera con superficies internas y externas con costras de hollín. Todas estas evidencias apoyarían la idea de la existencia de un área de elaboración de alimentos y/o consumo en pequeña escala. Según la información del contexto cerámico, las formas más populares son los pucos y platos en primer lugar y las vasijas para almacenaje en segundo, lo que indica un énfasis en las actividades de consumo de alimentos, es decir, lo que se conoce como el contexto de la hospitalidad. En este sector también se han recuperado evidencias de actividades de producción de bienes básicos y suntuarios, así como de actividades domésticas y de hospitalidad posiblemente correspondientes a la población local y/o a los *mitmaquna*.

En cambio, en Retambay (cf. Fig. 11) los patrones no son muy claros, pues se distinguen áreas de residencia (2/X), cocción de alimentos (6/IV y plaza), almacenaje (3/I, plaza), producción de cuentas o chaquiras y metalurgia, como en el área de descarte o basurero. En general, en este sector abundan las formas para almacenaje y servicio. Mientras que en la plaza predominan las formas de almacenaje y ollas de cocción, los pucos son más populares en el área del basurero y habitaciones. Es interesante señalar aquí la presencia de altos porcentajes de material de estilos cerámicos incas (casi un 26%), la presencia de restos de fauna de mayor rendimiento económico, de animales domesticados y de marlos de maíz. Este conjunto de datos llevaron a plantear la existencia de sectores de elite en Retambay, si se tiene en cuenta que los sectores arquitectónicos como plazas y plataformas son considerados generalmente como los de mayor relevancia desde el punto de vista administrativo, político y religioso. Es de esperar que presenten contextos cerámicos más finos y áreas destinadas a la preparación de comida en gran escala en relación con el resto de los sectores.

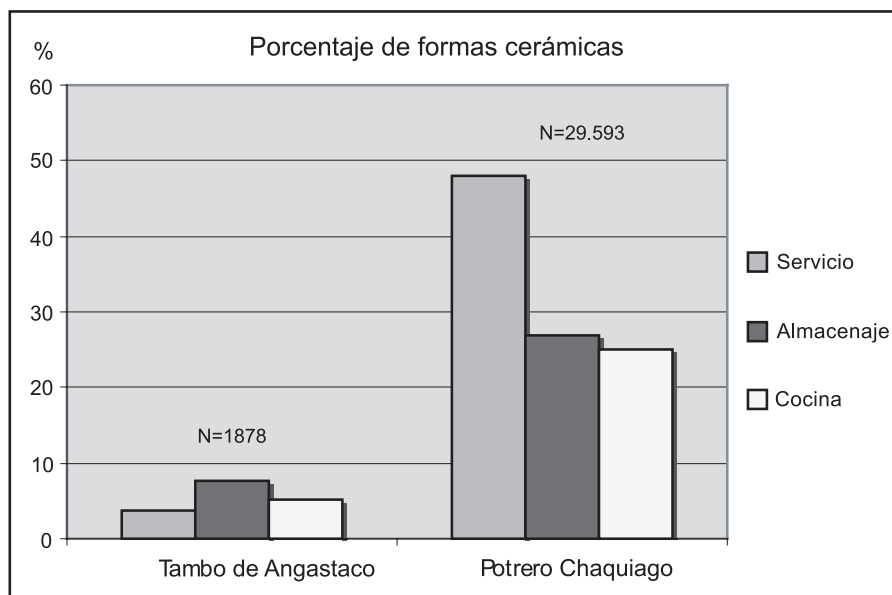


Fig. 11. Porcentajes de formas cerámicas de acuerdo con la función de servicio-consumo, almacenaje y cocina del tambo de Angastaco y Potrero Chaquiago.

En el tambo de Angastaco, si bien la muestra es muy fragmentaria, se ha podido observar la presencia de piezas abiertas (platos y pucos) y cerradas (aríbalos y jarras), junto con ollas de pedestal. Aquí, las más frecuentemente representadas han sido las que corresponden a piezas para almacenaje (45,6% sobre el total de fragmentos identificados), mientras que las de servicio y consumo corresponden a la mitad (22,8%). Es notable la mayor abundancia de piezas incas restringidas más asociadas a la función de almacenaje y consumo de bebidas con respecto a los platos o pucos, comúnmente utilizados para el consumo de alimentos sólidos (Bray 2003b: 121). En cuanto a la alfarería para cocina, se han encontrado rastros de cocción solo en un 31,5% de la muestra, en su mayoría en fragmentos no decorados (Figs. 11, 12). Resultados previos sobre la organización de la producción de cerámica en el imperio inca han permitido resaltar tres grandes rasgos que se mencionan a continuación (Williams *et al.* 2000; Williams e.p. a):

1) Un primer rasgo corresponde a cerámica con patrones estilísticos cuzqueños, la que se encuentra en todas las provincias incas del imperio. Aparentemente, el material de estilo Cuzco Polícromo de las provincias fue, en un principio, manufacturado y distribuido a nivel regional más que exportado desde el Cuzco, como se deduce de análisis composicionales y petrográficos de cerámica inca de varios sitios estatales del Noroeste Argentino.¹² Esta cerámica provincial puede ser distinguida de la del Cuzco a partir de atributos tales como tamaño y forma, así como la ausencia de algunos elementos decorativos, como los motivos zoomorfos y antropomorfos que casi no están presentes en los contextos cerámicos de Argentina, con algunas excepciones. Al parecer, en los Andes del sur solo se habrían difundido casi exclusivamente los diseños geométricos (Julien 1983: 252; Morris y Thompson 1985: 76). Las piezas incas más sofisticadas halladas en los Andes Meridionales provienen de unidades funerarias como las tumbas de La Reina, Ovalle, Copiapó, San Pedro de Atacama y Arica (Azapa 15, Camarones 9, Playa Miller 6, entre otros) en Chile (Fig. 1), las de Tilcara, Pucará de Humahuaca, La Paya, Batungasta y Quilmes en el Noroeste Argentino, e Incallajta, Samaypata, Arani y La Alameda de Tupiza en Bolivia (Berberían y Raffino 1991: 194).

De manera alternativa, el prestigio conferido a la cerámica polícroma de alta calidad debería coincidir con una amplia distribución. Análisis composicionales químicos de una vasta muestra de 459 fragmentos y arcillas señalan que algunos platos incas polícromos fueron trasladados desde una



Fig. 12. Cerámica de estilos incas del tambo de Angastaco: Inca Provincial (1, 2, 3, 5 y 6) y Pacajes (4).

región ubicada entre el Cuzco al Perú central o la cuenca del lago Titicaca (D'Altroy y Bishop 1990; Williams *et al.* e.p.). Asimismo, se debe señalar la presencia y distribución de ciertos estilos cerámicos en los Andes del sur a lo largo de canales paralelos a la distribución de cerámica inca polícroma, lo que sugiere que los incas valorizaron la alfarería de estilos cerámicos de ciertos grupos étnicos. Algunos de los más importantes son Pacajes o Saxamar, del área circun-Titicaca (Munizaga 1957; Dauelsberg 1960), Yavi Chico Polícromo, del sur de Bolivia y puna Argentina (Krapovickas 1977), e Inca Paya o Casa Morada Polícromo (Ambrosetti 1907; Bennett *et al.* 1948; Serrano 1958). Todos ellos han sido hallados en muchos sitios incas en el Noroeste Argentino e incluso Perú, Chile y Bolivia (Fig. 13). Precisamente, las formas abiertas (escudillas y platos) de casi todos estos estilos y la decoración con diseños naturalistas y figurativos han sido recuperados de centros incas en el Noroeste Argentino. Por ejemplo, la cerámica de estilo Yavi Chico encontrada en los sitios incas del valle Calchaquí es muy similar a aquella de su lugar de origen en la puna jujeña. ¿Podría corresponder este fenómeno a los primeros momentos de ocupación de un nuevo territorio?

En un estudio de procedencia de cerámica inca del Qollasuyu se identificaron 11 grupos compositionales (Grupos 1 a 9, X e Y) (Figs. 14A, 14B). Es interesante resaltar que estos grupos se corresponden con las zonas geográficas muestreadas: lago Titicaca (Grupo 1), norte de Chile (Grupo 2), Noroeste Argentino, que fue subdividido en siete grupos, y un área desconocida (Grupos X e Y). En el Grupo 1, del lago Titicaca, formado casi exclusivamente por cerámica de estilo Cuzco Polícromo, se incluye un fragmento inca de Salta y siete de Chile. En cambio, el Grupo 2 está formado por las muestras pacajes provenientes del Noroeste Argentino (sitios Chivilme y Cortaderas), de la cuenca del Titicaca (sitio Koati) y del norte de Chile (sitios Azapa 15, Tambo Zapahuira, Bocanegra y



Fig. 13. Cerámica de diversos estilos. 1. Yavi Chico Polícromo; 2. Inca Paya o Casa Morada Polícromo, del Noroeste Argentino; 3. Pacajes, del norte de Chile.

Huaihuarani). Esta información resalta la complejidad de la producción y el consumo de cerámica en la economía inca en los Andes del sur (Williams, D'Altroy, Neff y Glascock 2000; Williams, Santoro, Romero, Glascock y Speakmann 2006; Williams, Santoro, Gordillo, Romero, Valenzuela y Standen e.p.).

2) El segundo rasgo arqueológico, en contra de la noción general de una economía estatal discreta y controlada, es la alta proporción (más del 60%) de cerámica polícroma no inca usada en muchos asentamientos que poseen rasgos de construcción y ocupación estatal. Este patrón es especialmente visible en la mitad sur del imperio, donde la disyunción entre la arquitectura estatal y la distribución de cerámica es, de manera indiscutible, un resultado directo de una estrategia de gobierno que fue aplicada distintivamente en los Andes del sur (D'Altroy, Lorandi y Williams 1994; D'Altroy, Williams y Lorandi e.p.). Por ende, la distribución de cerámica de estilo cuzqueño parece haber estado restringida a ciertas regiones. Los conjuntos cerámicos de los sitios incas de los Andes Centrales (v.g., Mantaro, Cuzco y lago Titicaca) presentan una alta popularidad de los tipos incas, mientras que en los Andes del sur los contextos cerámicos de material inca no llegan a un 15%. En muchas provincias del imperio, el Estado promovió la producción de cerámica local y de algunos estilos no incas, pero de alta calidad tecnológica (D'Altroy *et al.* 1994). Muchos bienes estatales eran provistos parcialmente en

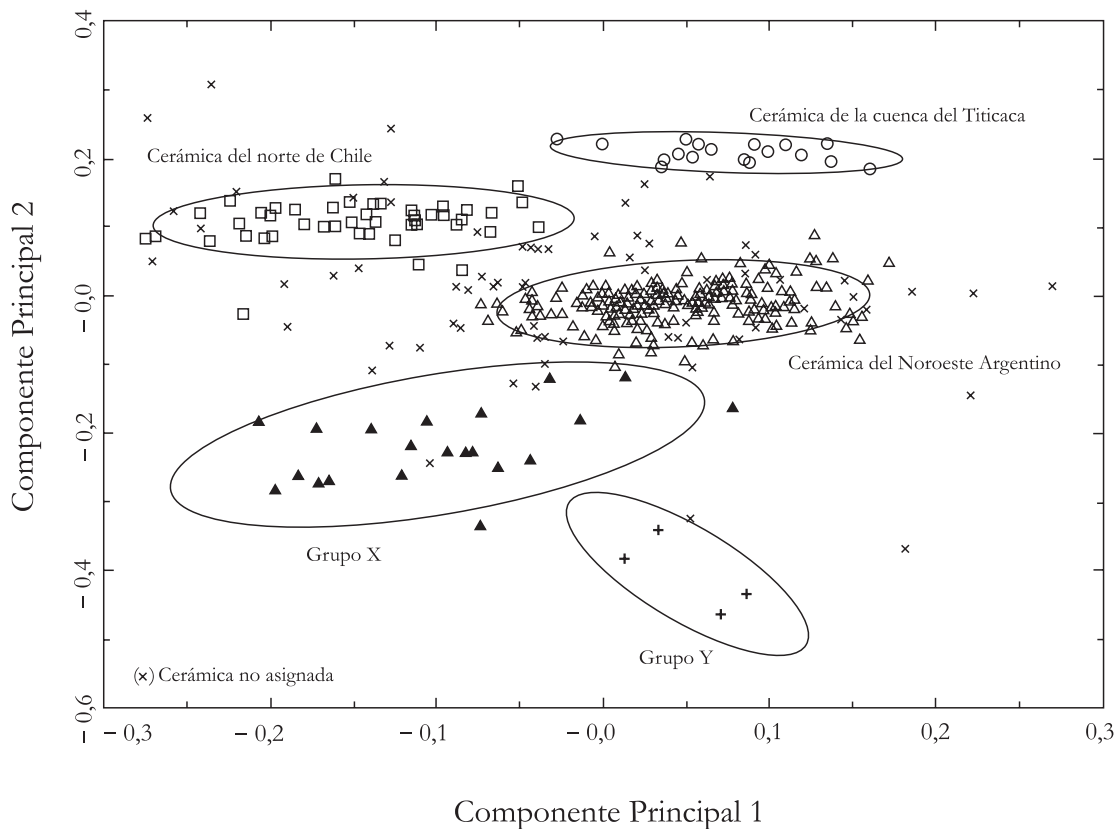


Fig. 14A. Gráfico de ploteo de la matriz de correlación de componentes principales 1 y 2 basado en análisis de componentes principales (PCA) de la base de datos de cerámica inca del Noroeste Argentino, norte de Chile y Bolivia ($n=459$). Las elipses representan el 90% de confiabilidad del intervalo de pertenencia a los grupos.

forma de cerámica de estilos locales y los residentes de muchas comunidades tenían acceso a algunos productos manufacturados por el Estado.

Tres asentamientos incas del Noroeste Argentino reflejan esta situación: Potrero de Payogasta, el tambo de Angastaco (valle Calchaquí) y Potrero Chaquiago (bolsón de Andalgalá) (*cf.* Fig. 2). En el conjunto cerámico obtenido de las excavaciones de Potrero de Payogasta, en el alto Calchaquí, domina la alfarería de la fase Inca más que el estilo Inca Polícromo, el que llega a un 5% del total de los materiales cerámicos procedentes de los depósitos excavados (D'Altroy *et al.* 2000: 21). En el tambo de Angastaco, la cerámica imperial se encuentra acompañada por estilos locales pertenecientes a la fase Inca, entre los que destaca el estilo Santamaría, ampliamente distribuido en los valles mesotermiales de las provincias de Catamarca, Tucumán y Salta. En este caso, se ha observado que la alfarería decorada representa, sobre un total de 1878 fragmentos, algo más de la mitad de la muestra (53,1%), lo que hace mucho menor la cantidad de piezas no decoradas (37,7%). Dentro de la primera, la perteneciente al estilo Inca Provincial representa solo un 15,8% del total.

Uno de los sitios incas con porcentaje más alto de cerámica de estilo Inca es Potrero Chaquiago, en la provincia de Catamarca, donde, a partir de una muestra total de 29.593 fragmentos cerámicos recuperados en excavaciones, el 26,8% corresponde a estilos incas decorados, un 10% a las ollas pie de computera, el 13,2% al material del grupo de la fase Inca, el 49,2% al material no decorado y el 0,15% a inclassificados. Por otra parte, la bajísima presencia de cerámica de estilos locales en Potrero Chaquiago, como las piezas de los estilos Belén y/o Santamariano, se explica por el intercambio de

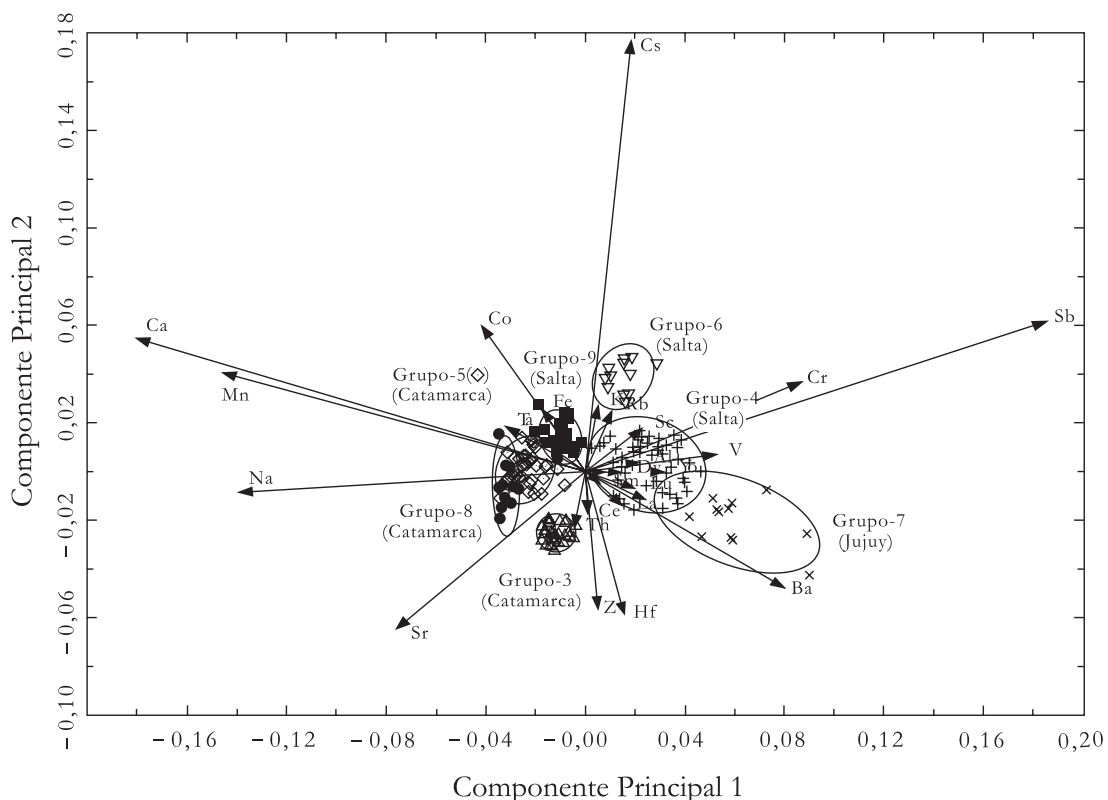


Fig. 14B. Biplot de la matriz de varianza-covarianza de los componentes principales 1 y 2 basados en análisis de componentes principales (PCA) con vectores del grupo cerámico Noroeste de Argentina. Las elipses representan el 90% de confiabilidad del intervalo de pertenencia a los grupos.

alfarería con poblaciones locales, tal como resulta de los análisis de pastas, los que indican una manufactura no local de las mismas (Cremonte 1991; Williams 1996).

En cuanto a las formas de la cerámica inca, Bray señala que los aríbalos corresponden al 52% del total de las formas alfareras identificables en los distritos provinciales y que solo alcanzan el 29% en la región nuclear (2004: 369).¹³ La forma del aríbalo fue importante en el proceso de expansión imperial, ya que estaba asociado al almacenaje y transporte de chicha. En la sociedad andina tradicional, la preparación y consumo de chicha para la vida diaria y para ofrendar a las huacas y ancestros fue responsabilidad primaria de las mujeres (Bray 2003a: 21). Para la preparación de chicha se usaban dos tipos diferentes de vasijas: uno para fermentación y otro para almacenaje. En el sitio de Huánuco Pampa, sierra central del Perú, se han encontrado grandes cantidades de vasijas incas y fragmentos de platos destinados a un consumo de chicha a gran escala y actividades en estructuras asociadas a la plaza principal (Morris 1982). Las otras formas con mayor frecuencia son los platos y las ollas pie de comptera. Estas tres formas serían el conjunto mínimo para cualquier grupo de filiación inca en las provincias del imperio. Es interesante señalar aquí que la forma de cazuela, *manca* o *cocha* es muy común en las colecciones del Cuzco y casi inexistente en los conjuntos provinciales (Williams 2006b). El número desproporcionado de aríbalos entre las provincias y el núcleo indicaría que las prestaciones al Estado en forma de chicha fueron de mayor importancia en las provincias que en el centro del imperio (Bray 2003a: 19).¹⁴

Por otra parte, se manifiestan diferencias en los patrones de diseño identificados en los aríbalos de las provincias en relación con los del centro del Tawantinsuyu; así, los aríbalos simples o sin decoración

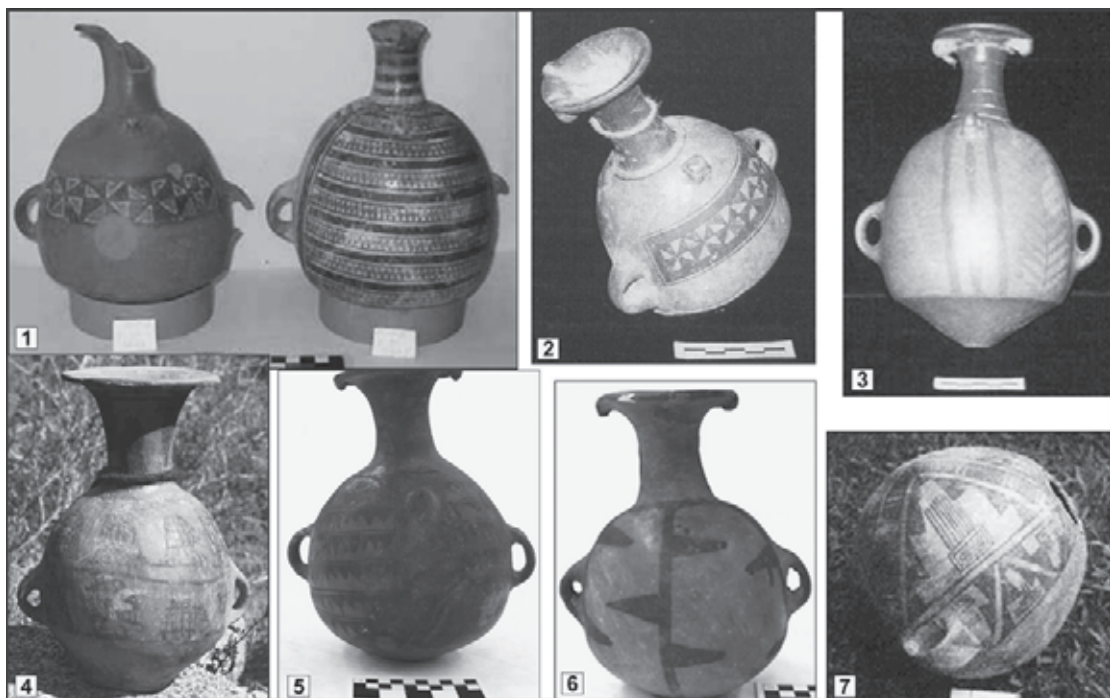


Fig. 15. Aríbalos del Noroeste de Argentina (2-7) y del norte de Chile (1) (Museo San Miguel de Azapa, Universidad de Tarapacá, Chile).

son más numerosos en las provincias que en la región nuclear. De los tres patrones de diseño que distingue Bray (2004: 370) ($n=517$), los dos primeros comprenden el 45% de todos los aríbalos decorados del centro del Tawantinsuyu, pero solo el 26% de los aríbalos decorados de las provincias. El tercer diseño, caracterizado por un entrepaño central compuesto por una banda horizontal de romboides (variante del tipo B de Rowe), sería el más popular, con una distribución uniforme tanto en las provincias como en el núcleo (Williams 2006b) (Figs. 14A, 14B, 15).

3) El tercer rasgo, basado en la evidencia de tres centros de producción inca, consiste en que los ceramistas hicieron cerámica de sus propios estilos en mayor cantidad que la del estilo Inca Policromo en sus asentamientos (D'Altroy *et al.* 1994). Entre los enclaves más importantes sostenidos por el Estado inca para la producción alfarera figuran Cajamarca, en la sierra norte peruana, Hupi o Milliraya, cerca del lago Titicaca, y Potrero Chaquiago, en el Noroeste Argentino (*v.g.*, Spurling 1992; Hayashida 1995; Williams 1996). Si bien la cerámica inca fue producida para consumo regional en su mayoría, la circulación de piezas se dio a lo largo del imperio (D'Altroy y Bishop 1990; Williams, D'Altroy, Neff y Glascock 2000; Williams 2003; Williams, Santoro, Gordillo, Romero, Valenzuela y Standen *e.p.*). Los datos de análisis composicionales de más de 400 muestras cerámicas y de arcillas procedentes de instalaciones estatales del Qollasuyu (Noroeste Argentino y lago Titicaca) señalan diferentes localidades de producción cerámica. De esta forma, los centros produjeron tanto estilos cerámicos locales como incaicos, lo que incluye a los aríbalos, manufacturados por alfareros que trabajaban para el Estado. Además, los datos químicos composicionales de cerámica de varias capacochas han demostrado que tanto la cerámica del Cuzco como la del lago Titicaca constituyeron elementos importantes durante la celebración de este tipo de ceremonia (Bray *et al.* 2005: 95). Aunque cerámica morfológica y estilísticamente similar haya sido producida al interior de cada sitio, las evidencias a lo largo del imperio permiten concluir que la producción de cerámica inca fue descentralizada dentro de cada región.¹⁵

8. Conclusiones

Las formas que adoptó el Tawantinsuyu para gobernar los diferentes territorios y poblaciones contemplaron acciones en la esfera política, económica e ideológica, lo que explica, en parte, la diversidad y disparidad de la presencia estatal alcanzada (Santoro *et al.* 2005; Williams *et al.* e.p.). El dominio inca en los Andes del sur se basó en el manejo simultáneo de control militar, ideología, hospitalidad ceremonial, reorganización de la población, tratamiento preferencial de ciertos grupos étnicos e intensificación de la producción agropastoril y minera (D'Altroy *et al.* e.p.). En una perspectiva general, las relaciones entre los incas y las poblaciones conquistadas requerían de la hospitalidad y generosidad en una amplia escala en el marco de fiestas públicas «lubricadas» por comida y bebida proporcionadas por el Estado. Este proceso cumplía un papel fundamental en el surgimiento de jerarquías sociales y en la negociación de las relaciones de poder al preparar comida para los invitados, con lo que se creaban alianzas y relaciones de reciprocidad a futuro (Gero 1992; Gumerman 1997; Bray 2003a, 2003b).

Es interesante resaltar que, bajo el Tawantinsuyu, la gente participaba en una economía doméstica y una economía política al mismo tiempo, a veces en sus propias comunidades y unidades domésticas, y otras en contextos exclusivamente estatales. La información presentada en esta oportunidad permite conocer algunos de los diversos aspectos que involucran tanto a la economía doméstica como a la política. La esfera de la producción puede ser vista a partir de las estrategias de intensificación agrícola, la apropiación simbólica de los espacios productivos y del uso de los instrumentos para el laboreo de la tierra y procesamiento de recursos animales y vegetales. En cuanto al primer elemento, es evidente la intensificación, por parte del imperio, de los sectores aptos para el cultivo con el objetivo de mantener tanto a las poblaciones locales como las obligaciones del Estado, entre las que estaba el sostenimiento de celebraciones y festines. Los conjuntos agrícolas de Coctaca, Alfarcito, Mayuco, La Despensa, Gualfín, Tacuil y Luracatao, en el Noroeste de Argentina, son algunos ejemplos de esta situación (Figs. 2, 5). Probablemente, la apropiación simbólica de los espacios productivos no solo se relaciona con la «sacralización del paisaje» en función de la cosmología del grupo dominante, sino también, y en última instancia, con el reconocimiento de que esos terrenos son los que proveen parte de los recursos utilizados para el mantenimiento de las celebraciones patrocinadas por el Estado.

A su vez, los signos arqueológicos que generalmente se utilizan para caracterizar festines incluyen: a) la presencia de especies animales exóticas o domesticadas, como llamas cargueras en Esquina de Huajra (Mengoni Goñalons 2004); b) evidencias de desechos de comida, como la presencia de partes articuladas o huesos sin procesar en Volcán y el tambo de Angastaco; c) restos vegetales, como la gran variedad de razas de maíz en contextos domésticos en Tolombón (Cámara Hernández y Alzogaray, comunicación personal 2003); d) tamaños inusuales de los medios de preparación (grandes fogones) en Potrero Chaquiago o Tolombón; e) estructuras para desecho de comidas especiales con localizaciones restringidas (tumbas o lugares no habitacionales o espacios centrales comunitarios) en Esquina de Huajra, Potrero de Payogasta o Potrero Chaquiago; f) bienes de prestigio u objetos rituales asociados en forma de plumas, cuentas de valvas, mica y lapidaria en Potrero Chaquiago y Potrero de Payogasta (Williams 1996; D'Altroy *et al.* 2000), o g) bienes de prestigio —es decir, cerámica, metales o tejidos— destruidos por rotura o su correspondiente enterramiento, un fenómeno cuyo registro en el Noroeste Argentino no ha sido lo suficientemente documentado hasta el momento.

La visibilidad arqueológica del consumo de comida en contextos domésticos y públicos se incrementa a partir del análisis de distintas variables, como los macrorrestos vegetales, microrrestos (fitolitos), isótopos, recursos faunísticos, artefactos líticos o el uso de contenedores para la preparación de los alimentos y su consumo. Asimismo, los resultados paleodietarios presentados aquí arrojan importante luz sobre la dieta de las poblaciones locales bajo el dominio inca, la que se compuso de un alto aporte de maíz en complemento con proteínas derivadas de carne de animales terrestres. La ampliación de los resultados de isótopos estables en restos humanos y de animales tanto en cantidad como en profundidad temporal permitirá discutir la importancia de diversos grupos de

alimentos en la dieta antes y durante la presencia inca en la región. Junto con un estudio de indicadores arqueológicos de posición social vertical, se podrían definir diferencias entre grupos sociales en el consumo de alimentos, un aspecto interesante para estimar la presencia de límites sociales al interior de las poblaciones locales bajo el imperio inca.

El consumo de bienes también puede inferirse a partir de la evaluación de las características del almacenaje, cuyas evidencias correspondientes en los sitios del Noroeste Argentino son algo dispares en escala. En este sentido, queda claramente expresado, a partir de las evidencias arqueológicas disponibles, que el almacenaje a gran escala, como en Campo del Pucará o Agua Hedionda, sirvió solo a propósitos imperiales, entre los cuales destaca el cumplimiento de las obligaciones de «hospitalidad» en el mantenimiento de las relaciones con los grupos dominados por medio de la organización de fiestas públicas y ceremonias. Ambos sitios formaron parte de un mismo sistema de producción, almacenaje y distribución de productos agrícolas. Estaban ubicados en una zona de transición entre tierras altas y bajas, sumamente apta para la agricultura del maíz, que permite contar con una cosecha más temprana (*michk'a*) y que limita con las formaciones de monte y selva, de donde se podían obtener, a su vez, otros recursos necesarios y codiciados en el borde de la puna. También pudieron abastecer a enclaves ubicados de manera estratégica en la frontera oriental (Cremonte y Williams 2005). Sistemas de almacenaje de carácter aldeano y doméstico, como el de La Paya, en el valle Calchaquí, contrastan con la mención de que, en Chicoana, Almagro saqueó 2000 fanegas de los «graneros» (Strube Erdmann 1958), aunque se desconoce si fue el producto de la explotación exclusiva del asentamiento de Chicoana o de las zonas aledañas. Asimismo, las 24 estructuras de barro del sitio de Los Graneros, en el Calchaquí norte, que no están asociadas a ninguna infraestructura local o estatal a excepción de un tramo del sistema vial, habrían servido para acumular alimentos destinados a un consumo particularizado, ya que exceden los requerimientos rutinarios de los asentamientos residenciales, administrativos o políticos de la zona (Tarragó y González 2003: 137). Las estructuras de almacenaje detectadas en el centro administrativo de Potrero Chaquiago habrían abastecido a una población local, como se desprende del número de estructuras circulares y cuadrangulares que no alcanza la decena (Williams 1996).

En los contextos de legitimación del poder o de hospitalidad de las elites, los conjuntos cerámicos asociados en eventos de fiestas se usaron para manifestar privilegios y establecer y mantener relaciones asimétricas de reciprocidad entre aquellas y la gente común. Es recurrente que los conjuntos cerámicos más finos en el Noroeste Argentino se encuentren en los sitios estatales de mayor envergadura, como Potrero de Payogasta, Potrero Chaquiago, Shincal o el tambo de Angastaco, o en sectores arquitectónicos intrusivos incas en sitios locales, como en Pucará de Tilcara, La Paya, Los Amarillos o La Huerta. La forma de aríbalo fue importante en el proceso de expansión imperial y estaba asociada al almacenaje y transporte de chicha y, bajo este supuesto, la afirmación de Bray, de que esta forma alfarera está más representada en los contextos provinciales que en los nucleares, se ve reforzada por los datos procedentes de los sitios del Noroeste Argentino (Bray 2004: 369). Lo mismo sucede con los platos, cuya popularidad y distribución son altos en los Andes del sur y Noroeste Argentino (Williams 2006b). La producción y distribución de cerámica estatal en esta área se mantuvo bajo los parámetros de producción y consumo local, aunque existió la circulación de piezas, de manera especial de aquellas de estilos regionales que se distribuyeron ampliamente entre los asentamientos estatales, lo que sugiere que gozaban de un prestigio paralelo a aquel de los bienes estatales. Entre estos estaban los estilos Pacajes, del Titicaca, y el Yavi Chico Polícromo, del Noroeste Argentino (Williams, D'Altroy, Neff y Glascock 2000; Williams, Santoro, Romero, Glascock y Speakmann 2006).

La importancia de la reciprocidad, la hospitalidad y las celebraciones como componentes clave del Estado inca fue planteada por John Murra (1980: 97, 121-134), quien señaló que un aspecto importante de las obligaciones recíprocas de trabajo en los Andes fue el conocimiento de que las fiestas debían ser ofrecidas por el patrocinador por medio del otorgamiento de bienes, comida y bebida. De hecho, la comida fue un requerimiento esencial en las negociaciones y los eventos sostenidos por el Estado con la finalidad de demostrar la asimetría de las relaciones de poder. En este contexto, la

producción y distribución altamente reconocible de un conjunto de cerámica de estilo estatal fue una estrategia conciente y planeada para crear símbolos materiales de jerarquía social en el contexto de fiestas y ceremonias patrocinadas por el Estado. Los espacios geográficos más lejanos del territorio nuclear, como el Noroeste Argentino, habrían continuado bajo el régimen de líderes locales integrados ideológica o políticamente al Tawantinsuyu, donde tanto la redistribución de bienes muebles de impronta estatal como la participación en ceremonias y fiestas patrocinadas por el Estado tuvieron un papel fundamental. De esta forma, los líderes locales pusieron al servicio del Estado parte de la infraestructura y fuerza de trabajo comunitaria, las que estaban ligadas a su prestigio y experiencia organizacional.

Agradecimientos

La investigación que sirvió de base para este trabajo fue financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de la República Argentina (ANPCyT) y la Fundación Antorchas. Debemos un especial agradecimiento a las autoridades provinciales de Salta, Jujuy y Catamarca, que autorizaron la realización de los trabajos de campo. Asimismo, agradecemos a los señores Dávalos, Hess, Rodó y Peñalba-Saravia, propietarios de los terrenos donde se ubican algunos de los sitios arqueológicos estudiados. Debemos mencionar a Mick Glascock y Jeff Speakman, del Reactor de la Universidad de Missouri, por su constante apoyo para la realización de los análisis de activación neutrónica; a María Fernanda Rodríguez, del Instituto de Botánica Darwinion (CONICET), por la determinación de los vegetales; a Verónica Lia, del Departamento de Ecología, Genética y Evolución de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, y a Julián Cámara Hernández y Ana María Alzogaray, del Laboratorio de Recursos Genéticos Vegetales «N. I. Vavilov», Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, por la determinación de las razas de maíz de Tolombón. Por último, debemos mucho a Gustavo Barrientos, por su asistencia con los isótopos estables humanos; a Roberto Pappalardo, por la confección de láminas, a Mariano Mariani, por la preparación de los planos, y a Lia Arechaga, por su colaboración en distintas etapas de la investigación y preparación del manuscrito. Las autoras son completamente responsables de las ideas vertidas en este trabajo.

Notas

¹ Los conjuntos cerámicos del estilo Inca Polícromo se analizaron en términos de su significado funcional, especialmente culinario, como un instrumento para la propagación de la ideología estatal a partir del cual, en el escenario de producción y consumo de comida, la dicotomía de la esfera de la actividad pública frente a la de la actividad doméstica se desdibuja.

² En el sitio inca de Potrero Chaquiago también se han recuperado restos de *Thevetia neriifolia* Juss., que crece fuera del territorio argentino y que se utiliza para la confección de collares o cascabeles (Williams 1996).

³ Se debe tener en cuenta que pueden haberse implementado diversas técnicas de caza, para lo cual los análisis arqueofaunísticos resultarán cruciales.

⁴ Es importante considerar el probable uso de hondas mencionado en diversas fuentes.

⁵ Estudios de procedencias de materiales del Calchaquí norte (Yacobaccio *et al.* 2004; Sprovieri 2006) permiten pensar que, durante el periodo inca, las fuentes de Ona, Caldera Vilama 1 y Quirón habrían continuado en explotación en todo el valle como en épocas anteriores. La fuente Ona se ubica en una quebrada tributaria al noroeste del Salar de Antofalla, en la provincia de Catamarca (Escola 2000:

91); Caldera Vilama 1-Zapaleri (*sensu* Jacobaccio *et al.* 2004), o Laguna Blanca (*sensu* Nielsen *et al.* 1999), se encuentra en las cercanías del punto tripartito entre Chile, Bolivia y Argentina, mientras que Quirón está en las proximidades de la localidad Estación Salar de Pocitos, en la provincia de Salta (Jacobaccio *et al.* 2004: 199). Tanto Ona como Quirón se encuentran entre 150 y 200 kilómetros de distancia del área de estudio, mientras que Caldera Vilama 1 se encuentra a más de 350 kilómetros. Si se hace una evaluación entre el tipo de artefactos que se confeccionaron con obsidiana y las áreas de producción, probable uso y descarte de las mismas y sus desechos se puede decir que esta roca no parece haber sido tratada en forma especial a la manera de un bien de prestigio. Las obsidianas están asociadas a contextos domésticos —como parece haber sido la función de algunos recintos del tambo de Angastaco—, y fueron descartadas en basureros junto a restos cerámicos, de torteros y huesos.

⁶ La razón entre los isótopos estables del carbono (carbono-12 y carbono-13) en material orgánico es expresada como delta carbono-13 en partes por mil (‰) en relación con un material de referencia denominado «PDB» (P. D. *Belemnite*, un carbonato marino). Este permite diferenciar entre plantas terrestres que fijan el dióxido de carbono atmosférico por medio de diferentes caminos fotosintéticos, por lo que existen las plantas de tipo C₃ (ciclo Calvin), C₄ (ciclo Hatch-Slack) y CAM (*Crassulacean acid metabolism*). La razón entre los isótopos estables del nitrógeno (nitrógeno-15 y nitrógeno-14) es medida en relación con un estándar internacional denominado «AIR» (Ambient Inhalable Reservoir) y expresada como delta nitrógeno-15 en partes por mil (‰) (Ambrose *et al.* 1997). Los resultados de los análisis de isótopos estables de carbono y nitrógeno en huesos humanos brindan la posibilidad de establecer «perfiles de consumo» que reflejan la contribución a la dieta de diversos «grupos de alimentos». Estos grupos de alimentos son aquellos que poseen similares firmas isotópicas como para agruparse y, a su vez, diferenciarse de otros con diferente firma y se corresponden con las plantas agrupadas en los tipos C₃, C₄ y CAM (Keegan 1989: 232).

⁷ Los valores y sus desviaciones estándar fueron obtenidos de las publicaciones de Ambrose *et al.* (1997) y Keegan (1989).

⁸ Algunos de los motivos artísticos asociados al momento de dominación inca son las circunferencias (*v.g.*, Pintoscayoc 1, Coctaca, Inca Cueva 1 y Sapagua), las hachuelas ancoriformes que presentan similitud formal con los tumis (*v.g.*, Coctaca, Sapagua, Inca Cueva 1 y Tacuil) o estrategias visuales de escenas, como el panel Boman del *pukara* de la Rinconada, en Jujuy.

⁹ Los receptáculos para recibir libaciones son algo común en los registros wari en los Andes (Hastorf 2003). En el *pukara* o Fuerte de Tolombón se ha encontrado una estructura tipo altar o plataforma con una horadación que podría haberse utilizado para este tipo de rituales (Williams 2003).

¹⁰ Morris (1995: 426) definió o reservó el término «Cuzco inca» para la cerámica producida en el área de la capital y que se caracterizaba por diseños geométricos de color blanco, rojo y negro compuestos por líneas, triángulos, figuras fitomórficas y, ocasionalmente, animales.

¹¹ Según Calderari y Williams (1991: 79), la fase Inca se caracteriza por piezas pertenecientes a las tradiciones estilísticas locales o no locales preincas que, durante su desarrollo histórico, reciben el impacto cultural inca que se traduce en cambios sutiles de índole productivo, morfológico, iconográfico o estructural. Este es el caso de las urnas santamarianas de la Fase IV y los estilos Yocavil Polícromo, Famabalasto Negro sobre Rojo, Yavi Chico Polícromo, Belén Negro sobre Rojo o Tilcara Negro sobre Rojo, entre otros.

¹² Por ejemplo, Potrero Chaquiago, Ingenio del Arenal-Médanos, Potrero de Payogasta, Cortaderas y el tambo de Angastaco. En ese sentido, se analizaron 25 cortes delgados de cerámica de este último sitio, lo que resultó en fuertes similitudes entre sus pastas y un reflejo de la geología local. Casi en su

totalidad se trataría de vasijas de manufactura local, si se entiende por ello su producción ya sea en el sitio como en otros de la zona. Es una muestra homogénea que lleva a pensar en una producción alfarera de carácter local con variantes en las modalidades de selección y preparación de las materias primas, pero sin una correlación entre tipos de pastas y determinados tipos cerámicos (Cremonte, comunicación personal 2005).

¹³ La autora se basó en la clasificación de 14 tipos morfológicos de los conjuntos alfareros de la fortaleza ceremonial de Saqsaywaman realizada por Meyers.

¹⁴ En Potrero Chaquiago, los aríbalos y jarras alcanzan el 38% del total de formas presentes. El promedio de los diámetros corresponde a 24,7 centímetros.

¹⁵ Los contextos alfareros de los asentamientos del sector meridional de Jujuy reflejan tradiciones de manufactura comunes y cerámicas no locales que permiten definir la presencia de diferentes mecanismos de interacción con sociedades de las tierras altas occidentales en relación con el control de los territorios y la explotación económica de recursos (Cremonte y Solís 1998).

REFERENCIAS

Albeck, M. E.

1992 Áreas agrícolas y densidad de ocupación prehispánica en la Quebrada de Humahuaca, *Avances en Arqueología* 2, 56-77, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2001 La puna argentina en los periodos Medio y Tardío, en: E. Berberían y A. Nielsen (eds.), *Historia argentina prehispánica* 1, 347-388, Brujas, Córdoba.

Albeck, M. E. y M. C. Scattolin

1991 Cálculo fotogramétrico de superficies de cultivo en Coctaca y Rodero, Quebrada de Humahuaca, *Avances en Arqueología* 2, 56-77, Tilcara.

Ambrose, S. H., B. M. Butler, D. B. Hanson, R. L. Hunter-Anderson y H. W. Krueger

1997 Stable Isotopic Analysis of Human Diet in the Marianas Archipelago, Western Pacific, *American Journal of Physical Anthropology* 104, 343-361, Philadelphia.

Ambrosetti, J. B.

1907- Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de «La Paya» (valle Calchaquí, provincia de Salta),
1908 *Publicaciones de la Sección Antropología* 3 (1-2), Buenos Aires.

Baldini, L.

2003 Proyecto Arqueología del valle Calchaquí central (Salta, Argentina). Síntesis y perspectivas en: P. Cornell y P. Stenborg (eds.), Local, regional, global: prehistoria en los valles Calchaquíes, *Anales, Nueva época* 6, 219-239, Göteborg.

Baldini, L. y C. de Feo

2000 Hacia un modelo de ocupación del valle Calchaquí Central (Salta) durante los Desarrollos Regionales, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 25, 75-98, Buenos Aires.

Bandelier, A. F.

1910 *The Islands of Titicaca and Koati*, Hispanic Society of America, New York.

Bennett, W. C., E. C. Bleiler y F. H. Sommer

1948 *Northwest Argentine Archaeology*, Yale University Publications in Anthropology 38, Yale University Press, New Haven.

Berberían, E. y R. Raffino

1991 *Culturas indígenas de los Andes meridionales*, Alambra, Madrid.

Berenguer, J.

2005 Cinco milenios de arte rupestre en los Andes atacameños: imágenes para lo humano, imágenes para lo divino, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 9, 75-108, Santiago.

Boman, E.

1908 *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du desert d'Atacama*, 2 tomos, Imprimerie Nationale, Paris.

Bray, T. L.

2003a Inka Pottery as Culinary Equipment: Food, Feasting, and Gender in Imperial State Design, *Latin American Antiquity* 14 (1), 3-28, Washington, D.C.

2003b To Dine Splendidly: Imperial Pottery, Commensal Politics, and the Inca State, en: T. L. Bray (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires*, 93-142, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

2004 La alfarería imperial inka: una comparación entre la cerámica estatal del área de Cuzco y la cerámica de las provincias, *Chungará* 36 (2), 365-374, Arica.

Bray, T. L., L. D. Minc, M. C. Ceruti, J. A. Chávez, R. Perea y J. Reinhard

2005 A Compositional Analysis of Pottery Vessels Associated with the Inca Ritual of *Capacocha*, *Journal of Anthropological Archaeology* 24, 82-100, New York.

Briones, L., P. Clarkson, A. Díaz y C. Mondaca

1999 Huasquiña, las chacras y los geoglifos del desierto: una aproximación al arte rupestre andino, *Diálogo Andino* 18, 39-61, Tarapacá.

Calderari, M. y V. Williams

1991 Reevaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino, en: El imperio inka. Actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos, 73-95, *Comechingonia* 9, número especial, vol. I, Córdoba.

Chaparro, M. G.

2006 Control estatal y tecnología lítica: asentamientos productivos y administrativos en el valle Calchaquí Medio (Argentina), ponencia presentada al Primer Simposio de Tecnología Lítica en los Andes, La Paz.

Cobo, B.

1964 Historia del Nuevo Mundo, en: *Obras del padre Bernabé Cobo* (edición y estudio preliminar de F. Mateos), [1653] Biblioteca de Autores Españoles XCI-XCII, Atlas, Madrid.

Crabtree, P. J.

1990 Zooarchaeology and Complex Societies: Some Uses of Faunal Analysis for the Study of Trade, Social Status and Ethnicity, en: M. B. Schiffer (ed.), *Archaeological Method and Theory*, vol. 2, 155-205, University of Arizona Press, Tucson.

Cremonte, M. B.

1991 La tecnología cerámica y las evidencias sobre el origen de los *mitmaqkuna*. Apéndice, en: A. M. Lorandi (ed.), Evidencias en torno a los *mitmaqkuna* incaicos en el Noroeste Argentino, *Antropológica* 9, 237-243, Lima.

2003 Informe sobre los contextos funerarios del sitio Esquina de Huajra (departamento Tumbaya, provincia de Jujuy), San Salvador de Jujuy.

2004 Sitio arqueológico: Tum 10 «Esquina de Huajra» (departamento Tumbaya, Jujuy). Informe de las tareas de rescate arqueológico y clasificación preliminar de los hallazgos, San Salvador de Jujuy.

e.p. Agua Hedionda: una instalación inka en los valles húmedos de Jujuy, para publicarse en: *Xixuy*, Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B., S. Peralta y M. Escaro

e.p. Esquina de Huajra (Tum 10) (departamento Tumbaya, Quebrada de Humahuaca). El poblamiento tardío en el sur de la Quebrada de Humahuaca, para publicarse en: *Cuadernos*, San Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B. y N. Solís

1998 La cerámica del Pucara de Volcán: variaciones locales y evidencias de interacción, en: M. B. Cremonte (comp.), *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del Noroeste de Argentina y sur de Bolivia*, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B. y S. Peralta

2005 El asentamiento Esquina de Huajra (departamento Tumbaya-Jujuy). Avances en el conocimiento de una instalación Humahuaca-Inka y su integración en la historia prehispánica regional, ponencia presentada en las VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, 18 al 20 de mayo de 2005, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B. y V. Williams

2005 La construcción social del paisaje durante la dominación inca en el Noroeste Argentino, en: M. Vázquez y V. Seldes (eds.), *Taller de procesos sociales prehispánicos en los Andes meridionales*, Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Jujuy.

D'Altroy, T. N.

2001 *The Incas, The People of America*, Blackwell, Malden/Oxford.

D'Altroy, T. N., A. M. Lorandi, V. Williams, M. Calderari, C. A. Hastorf, E. DeMarrais y M. B. Hagstrum

2000 Inka Rule in the Northern Calchaquí Valley, Argentina, *Journal of Field Archaeology* 27, 1-26, Boston.

D'Altroy, T. N., A. M. Lorandi y V. Williams

1994 La producción y el uso de cerámica en la economía política inka, en: I. Shimada (ed.), *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, 395-411, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

D'Altroy, T. N., V. Williams y A. M. Lorandi

e.p. The Incas in the Southern Lands, para publicarse en: *Variations in the Expression of Inca Power*, Dumbarton Oaks Conference, Washington, D.C.

D'Altroy T. N. y C. A. Hastorf (eds.)

2001 *Empire and Domestic Economy*, Kluwer Academic/Plenum Press, New York.

D'Altroy, T. N. y R. L. Bishop

1990 The Provincial Organization of Inka Ceramic Production, *American Antiquity* 55, 120-138, Washington, D.C.

Dauelsberg, P.

1960 Algunos problemas sobre la cerámica de Arica, *Boletín del Museo Regional de Arica* 5, 94-108, Arica.

Escola, P.

2000 Tecnología lítica y sociedades agropastoriles tempranas, tesis de doctorado, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Espinoza Soriano, W.

1973 Las colonias de mitmas múltiples en Abancay, siglos XV y XVI, *Revista del Museo Nacional* 39, 225-299, Lima.

Fock, N.

1961 Inka Imperialism in Northwest Argentina, and Chaco Burials Forms, *Folk* 3, 67-90, Copenhagen.

Gallardo, F., M. Uribe y P. Ayala

1995 Arquitectura inka y poder en el Pukara de Turi, norte de Chile, *Gaceta Arqueológica Andina* 24, 151-171, Lima.

Gero, J. M.

1992 Feast and Females: Gender Ideology and Political Means in the Andes, *Norwegian Archaeological Review* 1, 15-20, Oslo.

Gheggi, M. S.

2005 Análisis bioarqueológico y contextual en enterratorios arqueológicos. Un caso de estudio en Esquina de Huajra (departamento Tumbaya-Quebrada de Humahuaca, Jujuy), tesis de licenciatura, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

González, A. R.

- 1977 *Arte precolombino de la Argentina: introducción a su historia cultural*, Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- 1980 Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio. Implicancias socioculturales, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Nueva serie 14 (1), 63-85, Buenos Aires.
- 1982 Las «provincias» inca del antiguo Tucumán, *Revista del Museo Nacional* 46, 317-380, Lima.

Guaman Poma de Ayala, F.

- 1980 *El primer nueva corónica y buen gobierno* (edición de J. V. Murra y R. Adorno; traducción del quechua de J. [1615-Urioste], 3 vols., Siglo XXI, México, D.F. 1616]

Guchte, M. van de

- 1990 «Carving the World»: Inca Monumental Sculpture and Landscape, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Illinois at Urbana-Champaign, UMI Dissertation Services, Ann Arbor.

Gumerman, G.

- 1997 Food and Complex Societies, *Journal of Archaeological Method and Theory* 4 (2), 105-139, New York.

Gutiérrez, R. y G. M. Viñuales

- 1971 *Arquitectura de los valles Calchaquíes*, Mac Gaul, Resistencia.

Gyarmati, J. y A. Vargas

- 1999 *The Chacaras of Wari: An Inca State in Cochabamba Valley, Bolivia* [traducción de M. Seleanu], Museum of Ethnography, Budapest.

Hastorf, C. A.

- 1993 *Agriculture and the Onset of Political Inequality before the Inka*, New Studies in Archaeology 22, Cambridge University Press, Cambridge.
- 2003 Andean Luxury Foods: Special Food for the Ancestors, Deities and the Elite, *Antiquity* 77 (297), 545-554, New York.

Hayashida, F.

- 1995 State Pottery Production in the Inca Provinces, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

Hernández Llosas, M.

- e.p. Incas y españoles a la conquista simbólica del territorio Humahuaca: sitios, motivos rupestres y apropiación cultural del paisaje, para publicarse en: *Boletín del Museo de Arte Precolombino de Chile*, Santiago.

Hoyos, M. de y V. Williams

- e.p. Arquitectura inka para propósitos especiales, para publicarse en: *Tawantinsuyu*, Canberra.

Hyslop, J.

- 1984 *The Inka Road System*, Academic Press, Orlando.
- 1993 Factors Influencing the Transmission and Distribution of Inka Cultural Materials throughout Tawantinsuyo, en: D. S. Rice (ed.), *Latin Americans Horizons. A Symposium at Dumbarton Oaks*, 337-356, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Julien, C. J.

- 1983 *Hatunqolla: A View of Inca Rule from the Lake Titicaca Region*, University of California Publications in Anthropology 15, Berkeley/Los Angeles.

Keegan, W. F.

- 1989 Stable Isotope Analysis of Prehistoric Diet, en: M. Y. Iscan y K. A. R. Kennedy (eds.), *Reconstruction of Life from the Skeleton*, 223-236, Wiley-Liss, New York.

Krapovickas, P.

- 1977 Arqueología de Cerro Colorado (departamento de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina), en: *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, tomo II, Antropología, 123-148, Museo de La Plata, La Plata.

La Lone, M. B. y D. E. La Lone

1987 The Inka State in the Southern Highlands: State Administrative and Production Enclaves, *Ethnohistory* 34, 47-62, Durham.

Lorandi, A. M.

1988 Los diaguitas y el Tawantinsuyu: una hipótesis del conflicto, en: T. D. Dillehay y P. J. Netherly (eds.), *La frontera del Estado inca. Actas del 45.º Congreso Internacional de Americanistas*, Bogotá, Colombia, 1985, 235-259, *BAR International Series* 422, Oxford.

Madero, C.

1991 Estudio económico de la caza y el pastoreo en la sociedad compleja andina: un enfoque arqueológico, informe final de la Beca Iniciación CONICET, Buenos Aires.

1996 Informe de análisis faunístico de Potrero Chaquiago, Catamarca.

Madrazo, G.

1987 Santa Bárbara (departamento Valle Grande, Jujuy). Testimonios del desplazamiento chaqueño tardío hacia los Andes.

Meddens, F. M.

2002 Rocks and Stones in the Landscapes: Managing the Inca Agricultural Cycle, ponencia presentada al Landscape and Symbols in the Inca State Conference, Humanities Research Centre, Australian National University, April, 11-12, 2002, Canberra.

Mengoni Goñalons, G.

2004 La ganadería en tiempos inkaicos en el Noroeste Argentino: aspectos teórico-metodológicos de su estudio zooarqueológico, ponencia presentada al simposio «Tawantinsuyu 2004», XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, septiembre 2004, Río Cuarto.

2006 ms. Análisis de isótopos estables en restos de camélidos de sitios tardíos del Noroeste Argentino.

Miracle, P. T. y N. Milner

2002 *Consuming Passions and Patterns of Consumption*, McDonald Institute Monographs, Cambridge.

Mitchel, W. P.

1980 Local Ecology and the State: Implications of Contemporary Quechua Land Use for the Inka Sequence of Agricultural Work, en: E. B. Ross (ed.), *Beyond the Myths of Culture: Essays in Cultural Materialism*, 139-154, Academic Press, New York.

Morris, C.

1974 Reconstructing Patterns of Nonagricultural Production in the Inka Economy: Archaeology and Documents in Institutional Analysis, en: C. Moore (ed.), *Reconstructing Complex Societies*, suplemento del Bulletin of the American Schools of Oriental Research 20, 49-68, Chicago.

1981 Tecnología y organización inca del almacenamiento de víveres en la sierra, en: H. Lechtman y A. M. Soldi (eds.), *Runakuna kawsayninkupaq rurasqankunaga. La tecnología en el mundo andino*, tomo I, 327-375, Universidad Nacional de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Serie Antropología 36, México, D.F.

1982 The Infrastructure of Inka Control in the Peruvian Central Highlands, en: G. A. Collier, R. I. Rosaldo y J. D. Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History*, 153-171, Academic Press, New York.

1995 Symbols to Power: Styles and Media in the Inca State, en: C. Carr y J. E. Neitzel (eds.), *Style, Society, and Person: Archaeological and Ethnological Perspectives*, 419-433, Plenum Press, New York.

Morris, C. y D. E. Thompson

1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*, Thames and Hudson, London/New York.

Mulvany, E.

1997 La problemática de la ocupación inkaica en el valle de Lerma, en: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, La Plata.

Munizaga, C.

1957 Secuencias culturales de la zona de Arica (comparación entre las secuencias de Uhle y Bird), en: R. P. Schaedel (ed.), *Arqueología chilena. Contribución al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*, 77-122, Universidad de Chile, Santiago.

Murra, J. V.

1980 *The Economic Organization of the Inka State*, Research in Economic Anthropology Supplement 1, JAI Press, Greenwich.

Nielsen, A.

1989 La ocupación indígena del territorio Humahuaca oriental durante los periodos de Desarrollos Regionales e Inka, tesis de doctorado, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

1996 Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina), 700-1535 d.C., *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21, 367-385, Buenos Aires.

Nielsen, A., M. Vázquez, J. Ávalos y C. Angiorama

1999 Prospecciones arqueológicas en la reserva «Eduardo Avaroa» (sud LÍpez, departamento Potosí, Bolivia), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 24, 95-124, Buenos Aires.

Niles, S. A.

1987 *Callachaca: Style and Status in an Inca Community*, University of Iowa, Iowa.

Orlove, B. S. y H. J. Rutz

1989 Thinking about Consumption. A Social Economy Approach, en: H. J. Rutz y B. S. Orlove (eds.), *The Social Economy of Consumption*, 1-57, Monograph in Economic Anthropology 6, University Press of America, Lanham.

Pelissero, N. y H. Difrieri

1981 *Quilmes: arqueología y etnohistoria de una ciudad prehispánica*, Gobierno de la Provincia de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Polo de Ondegardo, J.

1916 *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los incas por el licenciado Polo de Ondegardo seguidas de las instrucciones de los concilios de Lima* (notas biográficas y concordancia de H. Urteaga; biografía de C. A. Romero), Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, vol. III, Sanmartí, Lima.

Raffino, R.

1983 *Los inkas del Kollasuyu*, Ramos Americana, La Plata.

1993 *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*, 2.ª ed., Tipográfico Editora Argentina, Buenos Aires.

2004 *El Shincal de Quimivil*, Sarquis, San Fernando del valle de Catamarca, Catamarca.

Raffino, R. y L. Baldini

1983 Sitios arqueológicos del valle Calchaquí medio (departamentos de Molinos y San Carlos), *Estudios de Arqueología* 3/4, 26-36, Salta.

Reitz, E. J. y E. S. Wing

1999 *Zooarchaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

Salas, A. M.

1945 *El antigel de Ciénaga Grande*, Publicaciones del Museo Etnográfico, serie A, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Sánchez Romero, R.

2004 El Tawantinsuyu en Aconcagua (Chile central), *Chungará* 36 (2), 325-336, Arica.

Sandefur, E. C.

2001 Animal Husbandry and Meat Consumption, en: T. N. D'Altroy y C. A. Hastorf (eds.), *Empire and Domestic Economy*, 179-202, Kluwer Academic Publishers, New York.

Sandweiss, D. H. y E. S. Wing

1997 Ritual Rodents: The Guinea Pigs of Chíncha, Perú, *Journal of Field Archaeology* 24, 47-58, Boston.

- Santoró, C., V. Williams, D. Valenzuela, A. Romero y V. G. Standen**
 2005 An Archaeological Perspective on the Inka Provincial Administration from the Southern Central Andes, en: M. Malpass y S. Alconini (eds.), *Marginal Provinces in the Inka Empire: Toward a Better Understanding of Inka Imperialism*, Iowa University Press, Iowa.
- Serrano, A.**
 1958 *Manual de cerámica indígena*, Assandri, Córdoba.
- Sherbondy, J.**
 1986 Los ceques: código de canales en el Cuzco incaico, *Allpanchis* 27, 39-74, Lima.
- Silva, O.**
 1981 Rentas estatales y rentas reales en el imperio inca, *Cuadernos de Historia* 1, 31-64, Santiago.
- Sprovieri, M.**
 2006 Circulación de obsidias en el valle Calchaquí, Salta: análisis por activación neutrónica para los periodos de Desarrollos Regionales e Inka, ponencia presentada en las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.
- Spurling, G. E.**
 1992 The Organization of Craft Production in the Inka State: The Potters and Weavers of Milliraya, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Cornell University, University Microfilms, Ann Arbor.
- Strube Erdmann, L.**
 1958 La ruta de don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile. Homenaje jubilar a monseñor doctor Pablo Carrera, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, número especial, 267-293, Córdoba.
- Tarragó, M.**
 2000 Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos, en: M. Tarragó (ed.), *Los pueblos originarios y la Conquista. Nueva historia argentina*, 257-300, Sudamericana, Buenos Aires.
- Tarragó, M. y L. R. González**
 2003 Los Graneros: un caso de almacenaje incaico en el Noroeste Argentino, *Runa* 24, 123-150, Buenos Aires.
- Valenzuela, D., C. Santoro y A. Romero**
 2004 Arte rupestre en asentamientos del periodo tardío en los valles de Lluta y Azapa, norte de Chile, *Chungará* 36 (2), 421-437, Arica.
- Villegas, M. P.**
 2006 Teledetección arqueológica en el valle Calchaquí medio (Salta, Argentina), tesis de licenciatura, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Watchel, N.**
 1982 The Mitimas of the Cochabamba Valley: The Colonization Policy of Huayna Capac, en: G. A. Collier, R. I. Rosaldo y J. D. Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States 1400-1800: Anthropology and History*, 199-235, Academic Press, New York.
- Williams, V.**
 1991 Control estatal incaico en el noroeste de Argentina. Un caso de estudio: Potrero Chaquiago, *Arqueología* 1, 75-103, Buenos Aires.
- 1996 La ocupación inka en la región central de Catamarca (República Argentina), tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- 2000 El imperio inka en la provincia de Catamarca, *Intersecciones en Antropología* 1, 55-78, Olavarría.
- 2003 Nuevos datos sobre la prehistoria local en la quebrada de Tolombón, provincia de Salta, Argentina, en: P. Cornell y P. Stenborg (eds.), Local, regional, global: prehistoria en los valles Calchaquíes, *Anales*, Nueva época 6, 163-210, Göteborg.
- 2004 El uso del espacio. Su análisis en diferentes escalas, en: *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Universidad de Río Cuarto, soporte electrónico CD ROM, 1. Arqueología, Río Cuarto.

- 2005a Poder estatal y cultura material en el Kollasuyu, en: P. Kaulicke, G. Urton e I. Farrington (eds.), *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas. Tercera parte, Boletín de Arqueología PUCP* 8 (2004), 209-245, Lima.
- 2005b Provincias y capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina, *Xama* 15-18 (2002-2005), 177-198, Mendoza.
- 2006a Political Power and Social Stratification in the Calchaquí Valley, Northwest Argentina, en: Proceedings of the XIV Congreso de L'Union Internationale Des Sciences Prehistoriques, University of Liège, September 2001, *BAR International Series* 1524, 43-51, Oxford.
- 2006b Símbolos materiales y sistemas de representación del imperio inca en el Noroeste Argentino, ponencia presentada al 52.º Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla.
- e.p. a Poder y cultura material bajo el dominio inka, para publicarse en: *Pacarina* 4, San Salvador de Jujuy.
- e.p. b El noroeste de Argentina. Algunas consideraciones sobre la dominación inka, para publicarse en: J. Topic (ed.), *Taller Arqueología y Etnohistoria de los Andes*, Institute of Andean Research 2000, Cajamarca, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Williams, V., C. Santoro, A. Romero, M. Glascock y J. Speakmann**
- 2006 Inka Pottery Production and Consumption in Northwestern Argentina, North of Chile, and Bolivia, ponencia presentada al 71st Annual Meeting Society for American Archaeology, Puerto Rico, April, 26-30, 2006.
- Williams, V., C. Santoro, J. Gordillo, A. Romero, D. Valenzuela y V. Standen**
- e.p. Mecanismos de dominación inka en los valles occidentales y Noroeste Argentino, para publicarse en: *Andes*, Warsaw.
- Williams, V., T. N. D'Altroy, H. Neff y M. D. Glascock**
- 2000 La producción y distribución de cerámica en sitios inkas en los Andes del sur, ponencia presentada al 50.º Congreso Internacional de Americanistas, 10-14 de julio de 2000, Warsaw.
- Williams, V. y A. M. Lorandi**
- 1986 Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el Noroeste Argentino, *Comechingonia*, año 4, número especial, 133-149, Córdoba.
- Williams, V. y M. B. Cremonte**
- 2004 Al borde del imperio. Paisajes sociales en áreas periféricas del Kollasuyu, en: *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Universidad de Río Cuarto, soporte electrónico CD ROM, 1. Arqueología, Río Cuarto.
- Williams, V. y M. de Hoyos**
- 2001 El entierro de Agua Verde. Variables bioarqueológicas para el estudio de la complejización social, *Intersecciones en Antropología* 2, 19-34, Olavarría.
- Williams, V. y T. N. D'Altroy**
- 1998 El sur del Tawantinsuyu. Un dominio selectivamente intensivo, *Tawantinsuyu* 5, 170-179, Canberra.
- Yacobaccio, H., P. Escola, F. Perayra, M. Lazzari y M. Glascock**
- 2004 Quest for Ancient Routes: Obsidian Sourcing Research in Northwestern Argentina, *Journal of Archaeological Science* 31, 193-204, New York.
- Zuidema, R. T.**
- 1995 *El sistema de ceques del Cuzco. La organización social de la capital de los incas, con un ensayo preliminar* [traducción de E. Salazar], Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 1989 A Quipu Calendar from Ica, Perú, with a Comparison to the Ceque Calendar from Cuzco, en: A. F. Aveni (ed.), *World Archaeoastronomy*, 341-351, Cambridge University Press, Cambridge.